

17-11-09  
E981611

MUCHACHO DE ORO

Título del original en inglés: *The Golden Boy*

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio González  
SMJEG  
Facultad de Humanidades  
UPR-PR

PERSONAJES

TOM MOODY  
LORNA MOON  
JOE BONAPARTE  
TOKIO  
MR. CARP  
SICCIE  
MR. BONAPARTE  
ANNA  
FRANK BONAPARTE  
ROXY GOTTLIEB  
EDDIE FUSELI  
PEPPER WHITE  
MICKEY  
AYUDANTE  
SAM  
LEWIS  
DRAK  
DRAKE  
DRISCOLL  
BARKER

## PRIMER ACTO

### ESCENA PRIMERA

*(La pequeña oficina de TOM MOODY, administrador de pugilistas, en Broadway. La oficina está escasamente amueblada; contiene un escritorio, sillas, teléfono y sofá. Con MOODY está su novia, LORNA MOON. La joven exhala cierto brillo discreto, y si a veces se muestra dura, es más por necesidad que por voluntad. Sus ojos tienen con frecuencia una expresión suave y triste. Del mismo modo, los estallidos de MOODY encubren un carácter suave, juvenil, y al mismo tiempo posee cierta veta vulnerable que las mujeres encuentran muy atrayente. La escena transcurre hace dieciocho meses. Cuando se encienden las luces los sorprendemos en el apogeo de una de sus frecuentes riñas.)*

MOODY. — ¡Toma tus ropas y vete! ¡Vete! ¡Quién cuernos te lo impide!

LORNA. — ¿Lo dices en serio?

MOODY. — Tú empezaste.

LORNA. — ¡No es cierto!

MOODY. — ¿No dijiste que tenías ganas de abandonarme?

LORNA. — No, dije...

MOODY. — ¡Dijiste que ibas a llevarte tus cosas!

LORNA. — Dije que me siento como una ramera y que no me gusta. Quiero casarme; quiero...

MOODY. — ¡Vete a casa, Lorna, véte a casa! No tengo tiempo para discutir. Déjame respirar. Ya me basta con tener encima a mi esposa.

LORNA. — ¿Qué dice ella?

MOODY. — ¿Quién?

LORNA. — Tu esposa... ¡Tu dulce y maldita Mónica!

MOODY. — Quiere cinco mil dólares para concederme el divorcio. *(LORNA ríe.)* No veo que sea tan gracioso.

LORNA. — Mira, Tom, esto es tan importante para mí como para ti. Si nos deshacemos de ella, podremos casarnos. De lo contrario,

no soy más que una prostituta de Newark. Y la sensación no me gusta.

MOODY. — ¡Lorna, por favor, usa la cabeza! Cuando me libre de Mónica nos casaremos. ¿Tendré que darte un puñetazo en la nariz para que lo entiendas?

LORNA. — ¡Vete al diablo...! Pero vuelve esta noche. *(A modo de respuesta, MOODY la mira, luego le sonríe y se acerca a ella. Se besan.)*

MOODY. — Si tuviera dinero, te compraría algo... no sé qué... ¡una enorme pluma de avestruz! Si Kaplan gana esta noche, te llevaré a bailar al Park.

LORNA. — No ganará.

MOODY. — ¿Cómo lo sabes? Yo no lo sé... ¿cómo lo sabes tú?

LORNA. — ¿Estás loco? ¿Crees que tu Kaplan puede aguantarle diez rounds al Kid Chocolate, de Baltimore?

MOODY. — ¿Cómo puedo saberlo?

LORNA. — Tom, estamos en el siglo XX... ya no hay más milagros. *(MOODY se muestra preocupado. LORNA sonríe.)* ¿Sabes qué es lo que me gusta de ti? Todo te lo tomas en serio.

MOODY. — ¿Y quién lo hará, si no lo hago yo? Hace ocho años que no puedo acogerme al patrón oro. Antes ésta era una magnífica ciudad. Nueva York desbordaba de dinero. Hoy Kaplan recibe cuatrocientos dólares. En otros tiempos eso no era nada. Era la época en que tenía a Marty Welch, el desafiante por el título de peso pesado; y a Cy Webster, que se mató en un enorme Stutz rojo. En el 27 y el 28 uno no podía ir a dormir... la ciudad hormigueaba de atracciones.

LORNA. — Mi madre murió en el 28.

MOODY. — Hace años que no tengo una oportunidad. "Llévame otra vez a la vieja Virginia": así me siento. El futuro no tiene nada para mí. *(Repentinamente desanimado, MOODY vuelve a su escritorio.)*

LORNA. — Estaba bromeando.

MOODY. — ¿En qué sentido?

LORNA. — ¿Piensas que te abandonaría?

MOODY. — ¿Por qué no? Soy un viejo. ¿Qué puedo darte?

LORNA. — Por empezar, un puñetazo en la nariz. ¿Pero qué puedo darte yo?

MOODY. — Un muchacho que sepa pelear. Búscame un muchacho negro y yo te enseñaré una mina de oro.

LORNA. — ¿Es difícil encontrar buenos boxeadores?

MOODY. — ¡De veras, me revuelves el estómago! ¿Por qué crees que hice un viaje a Filadelfia? ¿Para qué piensas que fui a Chicago?

¿No me pasé una semana en Boston? ¿Te parece que los pugilistas crecen en los árboles? Incluso aceptaría un peso gallo, si lo encontrase.

LORNA. — ¿Y qué te parecería una buena boxeadora, con una barba...? *(Disponiéndose a salir.)* Bueno, te veré esta noche, Moody.

MOODY *(pensativo)*. — Daría mi ojo derecho por un negro joven.

LORNA. — Préstame un momento tu ojo derecho. *(Lo besa en el ojo.*

MOODY *trata de abrazarla; ella elude el abrazo.*) Eso es para tenerte enardecido. Pero para decirte la verdad... "tuya hasta que el infierno se hiele".

MOODY. — Te necesito, Lorna... Te necesito continuamente. Me gustaría darte todo lo que quieres. Trae aquí la boca... *(LORNA acerca la cara a la de él; MOODY la besa. De pronto aparece un joven en la puerta de la oficina. LORNA lo ve y se aparta de MOODY.)*

EL JOVEN *(respirando trabajosamente)*. — Mr. Moody...

MOODY *(volviéndose)*. — ¿No se golpea cuando se entra en una oficina?

EL JOVEN. — A veces; a veces no.

MOODY. — ¡Di lo que tengas que decir y vete al infierno!

EL JOVEN. — He venido corriendo desde el gimnasio...

MOODY. — ¿Qué gimnasio?

EL JOVEN. — Donde se adiestra Kaplan. Acaba de romperse la mano... *(MOODY, rígido, comienza a prestar atención.)* De veras.

MOODY *(toma el teléfono)*. — ¿Está Tokio ahí? ¿Mi adiestrador?

EL JOVEN. — Está cuidando a Kaplan. *(MOODY empieza a discar, pero de pronto cambia de idea y deja el teléfono.)*

MOODY. — Que me metan en el manicomio ya mismo. ¡Me llamo Moody, amigos! ¡Pasen y límpiense los zapatos! ¡Ah, ese Kaplan! ¡Ese boxeador de tres por cinco! *(Se sienta al escritorio, desesperado.)* Ahora tendré que llamar a Roxy Gottlieb y cancelar la pelea. Y él está cargado de deudas hasta la cabeza.

EL JOVEN. — No creo que sea necesario cancelarla, Tom.

MOODY *(por primera vez se da cuenta de la existencia del JOVEN)*. — No, ¿eh? ¿Quién demonios eres? ¿Y quién cuernos te dio el derecho de llamarme Tom? ¿Nos conocemos?

EL JOVEN. — Le escribí un par de cartas. Yo puedo hacer esa pelea.

MOODY. — ¿Qué pelea?

EL JOVEN. — ¿Por qué no me deja remplazar a Kaplan esta noche?

MOODY *(sarcástico)*. — Repítelo despacio... ¿Cómo dices?

- EL JOVEN (*con frialdad*). — Puedo remplazar a Kaplan...
- MOODY. — ¿Quieres decir que pretendes pelear con Kid Chocolate? ¿Tú? (EL JOVEN guarda silencio. MOODY sale de atrás del escritorio y se detiene ante él.) También tú estás loco.
- EL JOVEN (*tranquilo*). — ¿No puede arreglar el asunto con Roxy Gottlieb?
- MOODY (*de pronto*). — Mira, hijo, véte a tu casa, antes de que me desquite *en ti* de las manos de vidrio de Kaplan. Eso no te gustaría, ni a mí tampoco, ni a Miss Moon.
- EL JOVEN (*volviéndose hacia LORNA*). — Encantado, Miss Moon. (LORNA sonríe ante la serena confianza del JOVEN.) Necesito un buen administrador, Mr. Moody. Usted solía estar en primera fila en la ciudad... todos lo dicen. Creo que usted puede adiestrarme. Y yo sé pelear. Usted no me conoce, pero yo sé pelear. Kaplan está terminado desde hace años. Puede que sea el mejor boxeador de su equipo, pero es un bocado fácil para los jóvenes que están subiendo. ¿Por qué no me da esa posibilidad, Tom?
- MOODY. — ¡No quiero que me llames Tom! (Lo mira con furia y vuelve al escritorio y al teléfono.)
- EL JOVEN. — Estoy esperando su respuesta. (La respuesta de MOODY es una mirada exasperada mientras empieza a discar. EL JOVEN se acerca unos pasos hacia el escritorio.) Un mes tiene cuarenta y tres mil minutos... ¿No puede concederme cinco?
- MOODY. — ¡Si no te vas te concederé este teléfono por la cabeza! ¿Qué diablos quieres? ¿Dónde peleas?
- EL JOVEN (*con fría insistencia*). — Tendríamos que unirnos, Tom.
- MOODY. — No quiero que me llames Tom. Eres descarado, eres insolente, eres desvergonzado... ¡Y estás loco! ¡De veras, eres un insulto para toda mi persona! ¡Y ahora véte! (Se vuelve hacia el teléfono y discar de nuevo. EL JOVEN se queda allí, balanceándose sobre la punta de los pies, sin saber qué hacer. Se vuelve y mira a LORNA. Ésta asiente y le lanza una leve sonrisa alentadora. En el teléfono.) Habla Tom Moody... ¿Está Tokio ahí...? (Cuelga el teléfono y se queda pensativo.) Tokio viene hacia aquí.
- EL JOVEN. — Kid Chocolate no es tan bueno como usted cree. (MOODY se vuelve de pronto y levanta el teléfono en un gesto amenazador. EL JOVEN retrocede con ligereza y continúa.) Hace meses que vengo estudiándole el estilo. He perfeccionado el golpe exacto para calmarle la sed. ¿Alguna vez lo miró de cerca? (Representando.) Le agrada provocar el golpe... Vacila un segundo... abre la guardia... aparta la cabeza y entra. Supon-

- gamos que uno lo pesque en ese segundo de vacilación... ¡En ese momento está abierto de par en par para el golpe!
- MOODY (*sarcástico*). — ¿Y qué haces con el gancho de izquierda de él?
- EL JOVEN (*con sencillez*). — Lo eludo.
- MOODY (*bajando el teléfono*). — Escucha, idiota, ¿alguna vez oíste hablar de Phil Mateo?
- EL JOVEN. — Oí hablar de él.
- MOODY. — Kid Chocolate lo dejó hecho una piltrafa en doce minutos y diez segundos. ¿Sabes quién es Kid Peters? ¿Y oíste hablar de Eddie Newton? Chocolate lo mandó a la lona en dos rounds. Y Frisco Samuels y Mike Mason...
- EL JOVEN. — ¿Alguna vez oyó hablar de mí?
- MOODY (*sarcástico*). — No, ¿quién eres? Sinceramente, me gustaría saberlo... ¿Quién eres?
- EL JOVEN (*con serenidad*). — Me llamo Bonaparte. (MOODY lanza una risotada, y también ríe LORNA, aunque simpatiza con el JOVEN. Éste continúa.) No creo que sea gracioso...
- MOODY. — ¿No se reían de ti en la escuela por el apellido? Dime la verdad, Bonaparte. ¿No se reían?
- EL JOVEN. — Llámeme Joe.
- MOODY (*riendo*). — Y tus ojos... ¿No se reían también de ti a causa de ellos?
- JOE. — No parece tan inteligente como lo suponía.
- LORNA (MOODY, viendo la irritación del JOVEN). — Basta, Tom.
- MOODY (*riendo*). — No puedes censurarme, Bonaparte... Hace años que no me río.
- JOE. — No me gusta... No quiero que lo haga. (De pronto JOE toma a MOODY de las solapas. MOODY, sorprendido, se lo quita de encima. En ese momento entra en la oficina un hombrecito silencioso. Es TOKIO, el adiestrador de MOODY.) Lamento haber hecho eso, Tom. Tendríamos que unirnos, Tom... no estar separados.
- MOODY. — Tokio, ¿tú mandaste a este muchacho aquí?
- TOKIO. — No.
- MOODY. — ¡Llévatelo antes de que le rompa la cabeza! (Vuelve furioso, a su escritorio.)
- TOKIO (*después de mirar al JOVEN*) — ¿Se enteró de lo de Kaplan?
- MOODY. — Me lo contó este idiota. ¡Es el final de todo! ¡Esto me vuelve loco! Kaplan era el que nos daba de comer. ¡Estoy hundido hasta la cabeza en escándalos, extorsiones, perjuicios, juicios de divorcio y la mar en coche!

TOKIO (*volviéndose hacia JOE*). — Tendrías que avergonzarte de aparecer por esta oficina.

JOE. — Si la madre de Kaplan lo hubiese alimentado con leche, no tendría huesos tan quebradizos.

MOODY. — ? ? ? ?

TOKIO (*a MOODY*). — Éste es el culpable de lo que le pasó a Kaplan.

MOODY. — ? ? ? ?

TOKIO. — Bajé a comprar una manzana, y vuelvo y Kaplan está adiestrándose con este muchacho... lo encontró en el gimnasio. Y antes de que pueda decir nada, Kaplan está en el suelo con una mano rota.

JOE (*modesto*). — Recibí el golpe con el codo.

MOODY. — ! !

LORNA. — ¿De dónde eres, Bonaparte?

JOE. — De aquí.

LORNA. — ¿Qué edad tienes?

JOE. — Mañana cumplo veintiuno.

MOODY (*después de mirar a LORNA*). — ¿Has peleado mucho?

JOE. — Bastante.

MOODY. — ¿Dónde?

JOE (*inventando*). — En Albany, Siracuse...

LORNA. — ¿Roxy Gottlieb te conoce?

JOE. — Nunca peleé en el club de él.

MOODY (*con sequedad*). — ¿Te conoce?

JOE. — No. (TOKIO y MOODY se miran. Suena el teléfono.)

MOODY (*en el teléfono*). — Hola... ¿Qué es lo que te han dicho?... Te han dicho la verdad, Roxy... Volvió a quebrarse la mano... Aunque tengas cincuenta embargos sobre tu club, no es cosa mía... Lo mismo te digo... ¡A la tuya! (Con la mirada clavada en BONAPARTE.) Si cierras un momento tu sucia boca, te daré una noticia. Estoy en condiciones de hacerte un gran favor. Tengo un remplazante... mejor que Kaplan... Bonaparte... No, Bo-na-parte. (Pone la mano sobre el micrófono y pregunta al JOVEN:) ¿Es una broma?

JOE. — No, ése es mi apellido.

MOODY (*de vuelta en el teléfono*). — Exacto, como Napoleón... (Contempla analíticamente al JOVEN.) Cincuenta y nueve o sesenta.

JOE. — Sesenta.

MOODY. — Sesenta. Tu público quedará entusiasmado. Lo llevaré... puedes creerme... El muchacho es una maravilla... ¡A tu

madre...! (Cuelga y se vuelve. JOE es el blanco de todas las miradas.) Es una venganza contra alguien... quizá contra Dios.

JOE (*con tranquilidad*). — Creo que se llevará una sorpresa.

MOODY (*con tristeza*). — No te esfuerces. Tengo mucha experiencia en materia de sorpresas.

JOE. — No se preocupe, Tom.

MOODY. — ¡Llámame Tom otra vez y te rompo el cráneo!

#### APAGÓN RÁPIDO

#### ESCENA SEGUNDA

(Esa misma noche, más tarde. En la sala-comedor de la casa de los BONAPARTE. Una mesa de comedor, redonda, cubierta de periódicos, es iluminada directamente desde arriba, como una mesa de billar. En el aparador hay bustos de yeso de Mozart y Beethoven. Una jaula de cotorras en el otro extremo de la habitación. Ante la mesa están sentados dos hombres: MR. BONAPARTE, el padre de JOE, y un amigo judío, cierto MR. CARP, dueño de la tienda de caramelos y artículos de librería del barrio. Cuando se encienden las luces, MR. BONAPARTE vuelve su periódico. MR. CARP vierte lentamente cerveza de una botella. Comienza a beberla en el momento en que SIGGIE, el yerno de MR. BONAPARTE, entra de la cocina. SIGGIE está descalzo, en camiseta, con los tirantes colgándole de los pantalones. Trae su propia botella de cerveza y un vaso, que comienza a llenar con expresión de experto. En el silencio, MR. CARP, bebe un largo trago de cerveza fría, combinado con un murmullo de placer.)

CARP (*al cabo*). — No me tomo las cosas con calma. Esa es mi tragedia... Si pudiese aprender a vivir con calma...

SIGGIE. — ¿Cómo llama eso que está haciendo ahora?

CARP. — Bueno, ahora ya no estoy en mi negocio.

SIGGIE. — ¿Eso es un negocio? Un hombre que tiene una tienda de caramelos es un proscrito del mundo. ¡Ni siquiera vende caramelos de cinco centavos... los más caros son de un centavo!

CARP. — ¿Y tu taxi te coloca más alto en la escala social?

SIGGIE. — Bueno, yo también soy un proscrito. No cambiemos de

tema. Como mi suegro, aquí presente... siempre que le hablo de cosas prácticas cambia de tema. (*Pone el vaso sobre la mesa y se rasca debajo de los brazos, como un mono.*) De usted... estoy hablando de usted, Mr. Bonaparte.

MR. BONAPARTE (*pronunciando de pronto dos palabras*). — ¡Ja, ja!  
(*Luego continúa leyendo.*)

SIGGIE. — Cada vez que hablo de dinero me lanza esa risotada. ¿Qué le parece si me comprase un taxi? Yo podría pagarlo en cuotas semanales.

MR. BONAPARTE (*que habla con acento italiano*). — No me interesa el negocio de los taxis.

SIGGIE. — Estoy casado con su hija, y si me hace ese favorcito, lo hace a los dos. Un taxi explotado en dos turnos es una gran fuente de ingresos. Soy un hombre casado, de modo que no puedo hacer el turno de la noche.

(ANNA, la esposa de SIGGIE, de camión, asoma la cabeza por la puerta.)

ANNA. — Ven a dormir, Siggie. Despertarás a todo el barrio.  
(ANNA desaparece.)

SIGGIE. — ¿No ve? ¡Soy un hombre casado! No puedo hacer el turno de la noche.

MR. BONAPARTE (*que viene escuchando esto desde hace varios meses*). — No, Siggie... no.

SIGGIE. — ¿No, qué?

MR. BONAPARTE. — Nada de taxis.

SIGGIE. — ¿No quiere ayudar a su propia familia, tonto? Después de todo, Joe es su propio hijo... Es un hombre, ya no es un chico.

MR. BONAPARTE. — Mañana cumple veintiún años.

SIGGIE. — Si no trabaja se convertirá en un verdadero vagabundo. Mire hasta qué hora de la noche está fuera de casa.

MR. BONAPARTE. — No quiero que Joe conduzca un taxi.

SIGGIE. — Algo tiene que hacer. Conduce como los ángeles. ¿Por qué no?

MR. BONAPARTE. — Ya hará algo.

SIGGIE. — ¿Qué? ¿Tocar su violinski por las calles?

ANNA (*vuelve a asomarse por la puerta*). — ¡Ven a dormir, Siggie! ¡Papá, no le hables, así puede venir a acostarse! (*Desaparece nuevamente.*)

SIGGIE (*disgustado*). — ¡Las mujeres! Siempre zumbándole a uno alrededor. (*La única respuesta de MR. BONAPARTE consiste en volver la hoja del periódico que tiene ante sí, sobre la mesa.*)

CARP (*reflexivo*). — Las mujeres... cuanto menos tengamos que ver con ellas, tanto mejor. Como dice Schopenhauer: "Mucho ruido y pocas nueces... la comedia de la reproducción". (*Menea la cabeza con amargura.*) ¡La; mujeres...!

SIGGIE. — Tengo hambre, pero no siento ganas de ir otra vez a la cocina. ¡Me recuerda de cómo mi esposa se esclaviza por esta familia de gringos locos! ¡Lindo futuro para una mujer inteligente!

MR. BONAPARTE. — Es tu esposa, pero también es mi hija. No es tan inteligente como dices. ¡Y tampoco tú eres tan inteligente!

SIGGIE. — ¡Puede insultarme, soy demasiado ignorante! (ANNA entra del todo en la habitación. Es rolliza, enérgica, bonachona y adenoidea.) → *elástico*

ANNA. — Papa, ¿por qué no dejas que Siggie vaya a acostarse? ¡Míralo, está descalzo!

MR. BONAPARTE. — Yo no se lo impido...

SIGGIE. — Claro que me lo impide... me lo impide todas las noches. Estoy preocupado. No duermo. Es mi carácter judío. No quiere ayudarme, tu viejo. Quiere que ande con el taxi de la compañía y que me someta toda la vida a las brutalidades de los capataces. Yo podría tener una pequeña empresa sólida, pero tu viejo no quiere ayudarme.

ANNA. — ¿Por qué no le compras un taxi a Siggie, papá? Tienes dinero.

SIGGIE. — Cómpralo para Siggie y Joe.

ANNA. — Para Siggie y Joe... no tiene por qué ser nuevo.

SIGGIE (*luego de lanzar una mirada asesina a su esposa*). — Es claro, aunque sea usado... hoy en día los reacondicionan...

MR. BONAPARTE. — Chicos, vayan a acostarse.

SIGGIE. — No mienta... ¿cuánto tiene en el banco?

MR. BONAPARTE (*con una sonrisa*). — Millones.

SIGGIE. — ¿Cuatro mil?

MR. BONAPARTE. — No.

SIGGIE. — ¿Tres? (MR. BONAPARTE sacude negativamente la cabeza.) ¿Tres...?

ANNA. — ¿Qué te importa cuánto tiene?

SIGGIE. — ¡Cállate, duquesa! ¿Acaso pregunto por mí? Si quiero sacarte de la cocina, ¿ésa es la gratitud que recibo? ¡Tú y tu padre me cansan! ¡Estoy enojado!

ANNA. — Ven a acostarte, Siggie.

SIGGIE. — ¡"Ven a acostarte, ven a acostarte"! ¿Qué tiene la cama de importante? (*La respuesta de ANNA es una prolongada risita ahogada.*) Aquí hay una conspiración para llevarme a la cama.

Les advierto una cosa: si las cosas empeoran, no esperen que mantenga a esta familia. ¡Están avisados!

MR. BONAPARTE (con una bondadosa sonrisa). — Hemos recibido el aviso. Estamos conspirando contra ti... vé a acostarte. (Vuelve a su periódico. SIGGIE ve que ha perdido otra vez, y se lanza ahora contra su esposa.)

SIGGIE. — ¿Quién te pidió que metieras la cuchara con eso de los taxis de segunda mano? Como no me lo van a dar, te diré lo que quiero: un taxi de primera, recién salido de la fábrica. (De pronto la golpea en la cabeza con un periódico enrollado. Ella le devuelve el golpe. Él le pega de nuevo.)

ANNA. — ¡Ten las manos quietas! (Él le pega otra vez. Ella le devuelve el golpe.) ¡Eres un descarado, Siggie!

SIGGIE (volviendo a golpearla). — La próxima vez te romperé la cabeza... ¡Estoy tremendamente disgustado contigo!

MR. BONAPARTE (poniéndose de pie). — Terminen con eso...

SIGGIE (volviéndose hacia él). — ¡Y con usted he requeteterminado! (A su esposa.) Quédate aquí, con estos conspiradores... Esta noche dormiré solo. (Se dirige hacia la puerta. MR. BONAPARTE rodea con el brazo a ANNA, que estalla en sollozos.)

MR. BONAPARTE. — ¡Pégale a tu esposa en privado, no en público!

CARP. — ¡Un hombre que golpea a su esposa da el primer paso hacia el fascismo!

SIGGIE (a CARP). — ¿De qué está hablando, principito mío? Yo adoro a mi esposa. Usted habla a cada rato de lo que odia a la suya. (Ahora a MR. BONAPARTE.) Y en cuanto a usted, ¡no finja que le importa! ¿Tengo que ponerme de rodillas ante usted? Queremos formar una familia... es un instinto natural. Quítele el brazo de encima.

ANNA (acercándose de pronto a SIGGIE). — Es cierto, papá; puede pegarme todas las veces que quiera.

SIGGIE (rodeándola con el brazo). — ¡Y no queremos que se meta en nuestros asuntos, a menos de que lo haga de la manera correcta!

ANNA. — Muy cierto, papá. ¡Métete en tus malditos asuntos. (MR. BONAPARTE se sienta, conteniendo una sonrisa.)

SIGGIE. — A la cama, duquesa.

ANNA (con una risita). — Buenas noches.

MR. BONAPARTE y MR. CARP. — Buenas noches. (Ella sale. Luego de lanzar una mirada beligerante a los hombres sentados a la mesa, SIGGIE sale también.)

MR. BONAPARTE (estallando en carcajadas contenidas). — Hay un viejo refrán: no te metas nunca con las leyes de la naturaleza, y serás feliz. ¡El amor! ¡Ja, ja!

CARP (sombrio). — ¿Feliz? Un hombre famoso dijo, el siglo pasado: "El placer es negativo".

MR. BONAPARTE. — Me siento bien. ¡Me gustaría escuchar un poco de música! Eh, ¿dónde está mi hijo, Joe? (Mira su reloj, se sorprende.) La una... y todavía no volvió a casa. ¡Eh, me preocupa!

CARP. — ¿Le parece que tiene preocupaciones? Espere, todavía es joven. Tiene un hijo, Joe. ¿Estudió violín durante diez años? ¿Ganó una medalla de oro, la mejor de la ciudad? ¿Le diéron una beca en el Instituto Erickson? ¿Mañana cumple veintiún años?

MR. BONAPARTE (enfático). — ¡Sí!

CARP (inclinándose hacia adelante y lanzando dramáticamente su argumento). — ¿Y si viene una guerra? ¡Antes de que se dé cuenta de lo que pasa, su hijo estará en el ejército!

MR. BONAPARTE. — ¡No, no! ¿Qué está diciendo? ¡No!

CARP (meneando la cabeza en imitación de MR. BONAPARTE). — Lea los periódicos. Por todos lados nubes de guerra...

MR. BONAPARTE. — Mi Joe tiene un gran talento. ¡Ayer le compré un regalo! (Con un gesto dramático saca de la parte inferior del aparador un estuche de violín.)

CARP (mientras el otro abre el estuche). — ¡Parece un ataúd para un niño.

MR. BONAPARTE (contemplando el violín). — El maestro de él me ayudó a elegirlo.

CARP (en experto). — ¡Magnífico... hermoso... muy bueno! ¡Una cosa cultural!

MR. BONAPARTE (tocándolo con orgullo). — El regalo más lindo para su cumpleaños; se lo daré esta noche.

CARP. — ¿Y cuánto le costó un violín así, si no es una pregunta demasiado personal?

MR. BONAPARTE. — Mil doscientos dólares.

CARP (escandalizado). — ¿Cómo?

MR. BONAPARTE. — ¿Le sorprende? Bueno, hace muchos años que vengo esperando este momento.

CARP (se sienta). — Pregúntese algo que viene al caso: ¿un joven puede ganarse la vida tocando este instrumento en esta civilización competitiva de hoy?



- MR. BONAPARTE. — ¿Por qué? No espero que Joe llegue a millonario. No necesita ser millonario. Una buena vida es posible...
- CARP. — Para hombres como nosotros, sí. ¿Pero es ahora posible para un joven entregarse a las Musas? ¿Pueden las Musas poner pan y manteca en su mesa?
- MR. BONAPARTE. — No hace falta un millonario. Joe ama la música. La música es la gran alegría en el idioma de todos los países. Eso lo aprendí de Joe. (CARP suspira mientras MR. BONAPARTE vuelve a guardar el violín en el aparador.)
- CARP. — Pero a la larga, como dice Schopenhauer, ¿de qué sirve esforzarse? Por cada deseo que satisfacemos, diez quedan insatisfechos. ¡La muerte juega con nosotros como un gato con su ratón!
- MR. BONAPARTE. — No me haga reír, Mr. Carp. Usted dice que la vida es mala. No, la vida es buena. ¿Siggie y Anna riñen? ¡Está bien! ¿Se aman? ¡Está bien! Usted dice que la vida es mala... bueno, tiene el derecho de decirlo. ¿No? Las calles, el invierno y el verano... los árboles, los gatos... Yo amo todo eso. Los muchachos y las chicas, que cantan y silban... (Prorrumpe en un momento de alegres silbidos.) ¡Muy bueno! Comer y dormir y beber vino... ¡Muy bueno! Yo ando con mi carro de un lado a otro y hablo con muchas personas... ¡Hermoso! ¿Qué le parecen los grandes edificios de la ciudad?
- CARP. — ¿Los edificios? ¿Y si se caen? ¡La semana pasada se cayó una casa en Staten Island!
- MR. BONAPARTE. — ¡Ja, ja, me da risa, ja, ja! (Entra FRANK BONAPARTE, el hijo mayor de la familia, sencillo, inteligente, observador.) Hola, Frank.
- FRANK. — Hola, papá... Mr. Carp...
- CARP (saludando con la cabeza). — ¿Qué novedades hay en el mundo?
- FRANK (deja varios periódicos en la mesa, pero se queda con uno). — Léalos y llore. Mañana es primero de marzo... la primavera está cerca. Las flores brotarán muy pronto, los pájaros cantan... el viento del sur... ¡Cañones, bombas, incursiones de aviones! ¿Dónde está Joe? ¿No le diste el violín todavía?
- MR. BONAPARTE. — No, todavía no vino. Siggie y Anna duermen. ¿Tienes hambre?
- FRANK (comienza a desvestirse; deja la chaqueta en el respaldo de una silla). — No, estoy cansado. Te veré por la mañana, antes de irme.
- CARP. — ¿Te vas otra vez?

- FRANK. — Al sur. Los textiles. Aquello está que arde. (Se sienta en el otro extremo de la habitación y lee un periódico.)
- CARP. — No entiendo nada. ¡Textiles! ¿Qué le importa a él si los obreros textiles no ganan buenos salarios?
- MR. BONAPARTE. — Frank lucha por la comida, por la buena vida. ¿Por qué no?
- CARP. — ¡Es una tontería!
- MR. BONAPARTE. — ¡Lo que está en la naturaleza de uno no es una tontería!
- CARP (dando un papirotazo al periódico). — Por ejemplo... Mira: ¿jugar al béisbol no es una tontería?
- MR. BONAPARTE. — Si a uno le gusta, no.
- CARP. — ¡Mire! Cuatro o cinco páginas... béisbol... tenis... ¡Le da una idea de lo que es esta civilización! ¿Alguna vez vio un partido de béisbol?
- MR. BONAPARTE. — No.
- CARP (meneando la cabeza). — Golpear una pelota, agarrar una pelota... Créame, amigo mío... ¡una tontería!
- FRANK. — Papá, ¿dónde dijiste que estaba Joe?
- MR. BONAPARTE. — No sé.
- FRANK. — ¡Papá, será mejor que te agarres de la silla!
- MR. BONAPARTE. — ¿Cómo? (FRANK deja el periódico delante de MR. BONAPARTE. Lee en voz alta.)
- FRANK. — Mira esto. Joe en una pelea. "Noticia: Kid Chocolate es vencido por K.O. por la nueva maravilla bicea". Mira la foto.
- CARP. — ¿Qué?
- MR. BONAPARTE. — ¿Cómo?
- FRANK. — ¡Es mi hermano Joe, o yo no sé distinguir a un rompehuelgas de un esquírol!
- MR. BONAPARTE. — ¿Una pelea? Es una tontería... no es posible.
- FRANK (señalando con el dedo). — Ahí está su nombre... Bonaparte.
- MR. BONAPARTE (desconcertado). — Debe de ser otro. (FRANK cierra de pronto el periódico. Los otros entienden inmediatamente el motivo. JOE está en la entrada, en las sombras.)
- JOE (en las sombras). — Caramba, tan tarde y levantados...
- MR. BONAPARTE. — Te esperábamos. (JOE avanza lentamente hacia la luz. Tiene la cara magullada y un trozo de tela adhesiva pegada sobre un ojo.)
- JOE (viendo la expresión de los otros). — Tuve una pelea... Un muchacho en el parque...
- MR. BONAPARTE. — ¿Te golpeó?

JOE. — Yo lo golpeé a él.

MR. BONAPARTE. — ¿Estás Jastimado?

JOE. — No. (MR. BONAPARTE lanza una mirada furtiva a los otros hombres.)

MR. BONAPARTE. — ¿Por qué te peleaste con él?

JOE. — No me gustó lo que me dijo.

MR. BONAPARTE. — ¿Qué te dijo?

JOE (evasivo). — Es una historia larga, y estoy muy cansado.

MR. BONAPARTE (tratando de interrumpir una pausa de turbación.).

— Le decía a Mr. Carp que mañana es tu cumpleaños. ¿Qué se siente cuando uno es tan viejo?

JOE. — ¡Me había olvidado de eso! Quiero decir: me olvidé en las últimas horas. ¿Dónde crees que estuve? ¿Quieres saber la verdad?

FRANK. — La verdad es barata. La compramos por dos centavos.

(Vuelve el periódico y le muestra a JOE su propio rostro. JOE mira la fotografía, le gusta. Silencio general.)

JOE (al cabo, beligerante). — Bueno, ¿y qué piensan hacer ahora?

MR. BONAPARTE (todavía desconcertado). — ¿Acercas de qué?

JOE (desafiante). — ¡Mañana es mi cumpleaños!

FRANK. — ¿Qué tiene que ver eso con el hecho de ser un gladiador?

JOE (volviéndose hacia FRANK, con repentina vehemencia). — ¡Métete en tus cosas! No me conoces... te veo una vez por año. ¿Qué sabes de mí?

FRANK (sonriente). — ¡Eres un chiquillo tonto!

MR. BONAPARTE (poniéndose de pie). — Eh, un momento. ¿A qué viene tanta excitación?

JOE (acalorado). — No quiero que me critiquen! ¡Nadie me toma en serio aquí! Quiero hacer lo que quiero. Esta noche demostré que soy bueno. ¡Fui a ganar algo de dinero y lo gané! Hoy hice una pelea profesional... Quizás haré otras.

CARP. — ¿De veras tuviste una pelea?

JOE (mirándolo con furia). — ¿Por qué no?

FRANK (a JOE). — Nadie te está criticando.

MR. BONAPARTE. — Es cierto.

JOE (con cierta timidez). — No sé por qué me enojé tanto...

FRANK. — Continuamente esperas oposición de parte de los demás...

MR. BONAPARTE. — Siéntate, Joe... Descansa.

JOE. — No quiero sentarme. Todos mis cumpleaños he tenido que pasármelos sentado. Ahora es tiempo de ponerse de pie. Papá, tengo que decirte: no me gusta lo que soy, pasado, presente y

futuro. ¿Sabes que hay hombres que obtienen cosas maravillosas de la vida? ¿Crees que son mejores que yo? ¿Piensas que me gusta este sentimiento de no tener nada? ¿De conocer la vida por la enciclopedia de Carp? Frank no sabe lo que eso quiere decir... ¡él viaja, conoce el mundo! (Volviéndose hacia FRANK.) ¡No sabes qué quiere decir, esto de estar sentado y ver cómo pasan los meses! ¿Te parece que esa es una vida para un muchacho de mi edad? ¡Mañana es mi cumpleaños! ¡Cambiaré de vida!

MR. BONAPARTE. — ¿Así no más?

JOE. — ¡Así no más!

FRANK. — ¿Y qué harás con tu música?

JOE. — ¿Quién dijo que me he casado con la música? Me tomo vacaciones. ¡Las notas no se escapan!

FRANK. — Eres un muchacho misterioso. ¿Dónde aprendiste a boxear?

JOE. — En estos últimos dos años, en toda la ciudad... en los gimnasios.

MR. BONAPARTE. — ¡Eh, Joe, hablas como si estuvieras loco! No tienes temperamento para pelear. Eres un músico. ¿Qué dices, eh? ¿Qué me dices?

JOE. — Terminemos por hoy.

MR. BONAPARTE. — ¿No es cierto lo que te digo?

JOE. — Por hoy, basta. (Con los labios apretados, sale brusca-mente.)

MR. BONAPARTE. — Duerme bien, Joe.

FRANK (sonriendo). — Parece que el escarabajo de oro ha visitado nuestra casa.

CARP (con tristeza). — ¡Fortunas! En mi juventud se hablaba mucho de eso... Las calles de Norteamérica estaban pavimentadas de oro. Oiga, se olvidó de darle el regalo.

MR. BONAPARTE (con lentitud, aturdido). — No sé... dijo que quería pelear.

## ESCENA TERCERA

(Dos meses después. La oficina de MOODY, igual que antes. MOODY se pasea de un lado a otro, en uno de sus momentos de cólera. Además están LORNA, echada en el sofá, soplando al aire humo de cigarrillo; TOKIO, sentado en el alféizar de la ventana, y ROXY GOTTLIEB, cómodamente esparrancado en la silla del escritorio. Usa un enorme sombrero panamá, blanco, que pocas veces se quita.)

ROXY. — No les gusta. Ya lo han visto en cinco peleas. Es un chico inteligente, ese Bonaparte, y rápido... ¡pero es pésimo para pegar! Yo soy dueño de una parte de él, de modo que tengo derecho a decirlo: ¡un mosquito pega más que él! ¿Leyeron lo que escribió ese Drake en su columna? Escribe que es un verdadero "trust de cerebros".

LORNA. — ¿Qué tiene eso de malo?

ROXY. — Se lo diré en dos palabras: ¡la gente que pagaría por ver a un "trust de cerebros" cabe en una cabina telefónica! ¡Esto lo dice Roxy Gottlieb!

MOODY. — Roxy tiene razón. Joe retiene los golpes. Hace ya dos meses que pelea, y no lanza los golpes bien ni en cantidad.

LORNA. — Tom, ¿qué quieres que el muchacho haga? Sin duda ya te habrás enterado de que no es un pegador. Su principal talento es su ciencia... es un estudioso.

ROXY (altanero). — Perdóneme, Miss Moon. En el cuadrilátero el cliente no paga para ver a estudiosos. Einstein vive en una universidad... ¡un hombre valioso en su especialidad! ¡Y además, ahora que lo pienso, el lugar de una mujer está en su casa, no en la oficina!

MOODY (indignado). — ¿A qué viene esta observación?

LORNA (se pone de pie). — En este momento el lugar de una mujer está en el bar... Los veré más tarde. (Mira a los demás con una sonrisa especial y sale. MOODY mira a ROXY, quien se da cuenta de que ha hablado de más.)

MOODY. — ¡Estoy preocupado por ese muchacho!

TOKIO. — En tu lugar, yo le tendría confianza, Tom. Joe conoce sus propias necesidades, como dice él. No le pidas que cambie de estilo. Un estilo es mejor cuando es individual, cuando nace

de la personalidad interior y de la capa de músculos y de la disposición de los huesos. Ese muchacho tiene posibilidades de ser el mejor peso liviano que ha habido desde Benny Simon.

ROXY. — ¡Eso lo dices tú!

TOKIO. — Tiene una de las mejores defensas que haya visto nunca. Y es veloz como el viento.

MOODY. — ¡Pero no pelea!

ROXY. — ¡Una muñeca golpea más que él!

TOKIO. — Es un tipo especial... Quiero que crea que es el mejor pugilista del mundo.

MOODY. — Ya sé lo cree.

TOKIO. — No quiero contradecirte, Tom, pero no es así. Hay tres cuartas partes de fachada. Si quieres conseguir algo tienes que tratarlo con delicadeza, con suavidad... como a una muchacha.

ROXY. — ¿Como a una muchacha? ¿Por qué no lo dijiste antes?

MOODY. — No, Roxy, no me refiero a ti... Hay que tratarlo como a un ser humano.

TOKIO. — Creo que ahora podemos empezar a levantarlo.

MOODY. — ¿Una gira por el interior?

TOKIO. — Me gustaría llevarlo al Medio Oeste, unas quince peleas.

ROXY (respondiendo a una mirada de MOODY). — Yo no dije que no. ¿Pero él colaborará?

TOKIO. — En cuanto yo encuentre el santo y seña.

MOODY. — ¿Cuál es el santo y seña para hacer que ese muchacho empiece a pegar? Ése es el problema. (Se oye un golpe en la puerta. MOODY grita.) ¿Sí? (Se abre la puerta y aparece Mr. BONAPARTE, vacilante.)

MR. BONAPARTE (con timidez). — Soy el padre de Joe Bonaparte. He venido a conocer a los nuevos amigos de mi hijo.

MOODY (expansivo). — Pase, siéntese, Mr. Bonaparte.

ROXY (sentado con comodidad). — Tome una silla.

MR. BONAPARTE. — ¿Interrumpo?

MOODY. — De ninguna manera.

ROXY. — ¿Qué pasa con su hijo?

TOKIO (a MR. BONAPARTE). — Éstos son Mr. Moody y Mr. Gottlieb.

MR. BONAPARTE (sentándose). — Buenas tardes.

MOODY. — Estábamos hablando de su hijo.

MR. BONAPARTE. — Me alegro de saberlo. Quería que me dijeran cómo es este asunto del box para Joe. Qué tiene de bueno para él.

MOODY. — Su Joe es un boxeador muy inteligente.

ROXY. — ¿Quiere saberlo? Queremos hacer de su hijo un boxeador famoso... un millonario. Pero él no nos deja... no quiere colaborar. ¿Qué le parece?

MR. BONAPARTE. — ¿Por qué? ¿Qué hizo?  
 ROXY (*acercándose y enfrentando al anciano en una postura de disertante*). — Se lo pregunto yo a usted. ¿Qué hace? ¿Qué hace que esté bien? ¡Nada! ¡Se lo ofrecemos en bandeja de oro! Vino, mujeres y canto, para decirlo en forma figurada. ¡Le ofrecemos magnitudes...!

MR. BONAPARTE (*esperando*). — ¿Sí...?

MOODY. — Pero no quiere pelear.

MR. BONAPARTE (*intrigado*). — ¿No ha peleado para ustedes?

ROXY. — ¡Así es: no ha peleado! Su hijo tiene posibilidades inexploradas... ¡Inexploradas! Pero no se pueden pedir peras al olmo.

MOODY (*tratando de contrarrestar la volubilidad de ROXY*). — Mi colega está tratando de decir que Joe no es agresivo en el cuadrilátero.

MR. BONAPARTE. — ¿No es agresivo?

TOKIO. — Se cuida...

MOODY. — Se contiene...

TOKIO. — Su defensa es brillante...

MOODY. — ¡Espléndida!

ROXY. — ¿Pero dónde está el ataque? Recibe pero no da. Calcule... ¿qué le pasaría a usted en un atascamiento del tránsito? Ha aprendido a dar marcha atrás... ¿pero a pasar a segunda o tercera? ¡Nada de eso!

MR. BONAPARTE (*con tranquilidad, a ROXY*). — Eh, usted habla demasiado; nadie lo está contradiciendo.

ROXY (*después del momentáneo revés*). — ¡"Todos me contradicen"! Incluso usted, y ésta es la primera vez que lo veo. (*Con una mirada de reproche, se retira al escritorio, ante el cual se sienta, malhumorado.*)

MR. BONAPARTE (*eligiendo a TOKIO como un hombre con el cual se puede hablar*). — ¿Quién es usted?

TOKIO. — El adiestrador de su hijo...

MR. BONAPARTE. — ¿Le interesa ayudar a mi hijo?

TOKIO (*respetuoso*). — Mucho...

MR. BONAPARTE. — A mí también. Quizá no como piensan estos caballeros. No digo que el box profesional no sea bueno para Joe. A Joe le gusta ser famoso, no tener que avergonzarse...

TOKIO. — ¿Joe tiene miedo de sus manos?

MR. BONAPARTE. — No sé, explíqueme. No sé nada del box. ¿Podría lastimarse las manos?

MOODY. — Todos los boxeadores se lastiman las manos. A veces se les fracturan...

TOKIO. — Pero se curan en seguida.

ROXY (*estallando*). — ¿Qué tienen las manos de especial? ¡A lo mejor su hijo toca el piano!

MR. BONAPARTE. — ¿Pueden lastimarse? ¿Fracturarse?

ROXY. — ¿Y qué?

MR. BONAPARTE (*de pie*). — ¡Eh, usted! ¡Usted no me gusta! ¡No tiene interés en mi hijo! (*Orgulloso.*) ¡Mi hijo es el mejor violinista de Nueva York!

MOODY (*repentinamente apabullado*). — ¿Cómo...?

MR. BONAPARTE. — ¡Sí, toca el violín!

MOODY. — ¡Era eso...!

ROXY (*angustiado por esa estupidez*). — ¡Si tuviera cabello, me lo arrancaría! En la esquina de Broadway y la calle 48 hay todos los días, llueva o haga sol, quinientos violinistas. ¡Y si su hijo se atreve...! (*Volviéndose a MOODY.*) ¿Qué te parece? (*Agita las manos, desesperado, y se retira al escritorio, donde se sienta, colérico, en disgustado silencio.*)

MOODY (*reprimiendo un sentimiento de triunfo*). — ¿Su hijo teme por sus manos porque toca el violín?

MR. BONAPARTE. — ¡Sí, debe de ser eso!

TOKIO. — ¿Por qué vino a decirnos eso?

MR. BONAPARTE. — Porque quiero ayudar a mi hijo. Me gusta que pruebe sus fuerzas. Quizás esto sea mejor para él. Quizá no. Tiene que averiguarlo él, saber qué es lo que quiere... yo no lo sé. No le servirá de nada decirle que yo he venido. No se lo digan. (*Se encamina lentamente hacia la puerta*)

MOODY. — ¿Eso quiere decir que no le impedirá seguir su camino?

MR. BONAPARTE. — ¿Mi hijo podría romperse la mano? ¡Caballero, no me siento tan feliz como usted... no! (*Sale con lentitud.*)

MOODY (*gozoso*). — ¡Empiezo a ver la luz! Joe no ha llegado todavía a la conclusión de que el puño es más fuerte que el violín.

ROXY (*brincando*). — Yo lo haré llegar a esa conclusión. Por el dinero que hay en danza, haría que las cataratas del Niágara corriesen hacia atrás y volvieran al Canadá.

TOKIO. — No trate de obligarlo a hacer nada.

ROXY. — En Roxy Gottlieb ha encontrado la horma de su zapato.

MOODY (*explosivo*). — ¡Qué te pasa, Roxy! ¡Siéntate un momento! (*ROXY se sienta.*) Tal como yo lo veo, hay que tratarlo con suavidad, hacerle ver cuánto lo valoramos... anular sus dudas con bondad.

ROXY. — Entiendo: ¡la palabra de orden es "miel"!

MOODY. — ¡Correcto! ¡Comienza la gira del Medio Oeste! Tokio

los acompañará para desarrollar una verdadera ofensiva. Yo me ocuparé de los periódicos aquí. ¡Caray, yo sabía que esto era algo serio! Empiezo a sentirme otra vez como en 1928. Llámelo intuición; yo lo llamo Resurrección. (*Se pone de pie y se pasea.*) Una vez que salgamos del túnel, con treinta peleas a nuestra espalda...

ROXY. — Si oyes algún ruido, es que la boca se me hace agua... (*Suena el teléfono. MOODY contesta.*)

MOODY. — Hola... Sí... Creo que ganará... (*Cuelga.*) ¿Quién creen que era? (*Imitando.*) "Habla Fuseli." ¡Eddie Fuseli!

ROXY. — ¿Fuseli? ¿Qué quería?

MOODY. — Saber si Joe ganaría el match contra Vincenti. Tokio, de ahora en adelante es cosa nuestra.

TOKIO. — Tengo fe en el muchacho.

MOODY (*a ROXY*). — Tengo que pedir una cosa... Cuando Joe venga del gimnasio, déjame hablar a mí.

TOKIO. — ¡Y no hablen de música! (*entra LORNA.*)

LORNA. — ¡Shh! Aquí viene Joe. (*JOE BONAPARTE entra en la oficina. Inmediatamente MOODY y ROXY se calzan sus más suaves guantes. Sus métodos diplomáticos se hacen pronto tan evidentes, que JOE y LORNA comienzan a dar muestras de suspicacia.*)

MOODY (*girando lentamente*). — Me alegro de verte, Joe. ¿Te acuerdas de lo que hablábamos ayer? Bueno... Hemos hablado con varios amigos por teléfono, larga distancia. Hemos comprometido quince peleas para ti, fuera de la ciudad. Difíciles.

ROXY. — Esta noche llamaré a mis vinculaciones de Chicago.

MOODY. — Hemos conversado con Tokio y él dice... Bueno, dile lo que dijiste. Tokio... la verdad.

TOKIO. — Creo que tienes un maravilloso futuro por delante.

MOODY (*a TOKIO*). — Dile con quién lo comparaste, Tokio.

TOKIO. — Bien, hablé de Benny Simon... Dije que era tan bueno como Simon.

MOODY. — Tokio trabajará contigo... te ayudará a fortalecer la derecha...

ROXY. — ¡Y la izquierda! ¿Qué es una derecha sin una izquierda?

MOODY. — Tokio cree que cuando te traiga de vuelta serás candidato a desafiante por el título.

JOE (*un tanto a la defensiva*). — ¿De veras?

MOODY. — Pero tú tienes que ayudarnos, a que te ayudemos.

ROXY. — Ni un diccionario habría pedido decirlo mejor.

MOODY (*entona una suave canción de sirena, con el brazo sobre los hombros de JOE.*) — Este trabajo necesita una enorme concen-

tración. Todo tu tiempo y tus pensamientos, Joe. Nada de cosas secundarias, nada de otros intereses...

JOE (*a la defensiva*). — No salgo con chicas.

MOODY. — Estás en el pugilismo. Es como ser un monje... el trabajo está primero. ¿Qué te gusta más que el box?

JOE (*a la defensiva*). — No sé a qué se refiere.

MOODY (*eligiendo las palabras con cuidado*). — Algunos, por ejemplo, tratan de cuidar el aspecto. Prefieren perder prácticamente una pelea para conservar la nariz intacta.

JOE (*con una sonrisa irónica*). — Mi aspecto no me interesa. (*LORNA escucha con arrobada atención.*) ¿Y entonces qué es lo que te retiene, Joe? A mí puedes decírmelo. Hemos establecido un hogar juntos, Joe, y quiero que me digas si no sabes freír un bife... no tiene importancia. De cualquier modo estamos casados...

JOE (*inquieto*). — ¿A quién están llevando a la cama?

MOODY. — ¿Qué quieres decir?

JOE. — No me gusta esta escena de seducción. (*a TOKIO.*) ¿Qué quieren conseguir?

TOKIO. — Piensan que temes por tus manos.

MOODY. — ¿No es así?

JOE. — A medias...

TOKIO. — ¿Por qué?

ROXY (*se pone de pie de un salto*). — ¡Di la verdad!

JOE. — ¿Qué verdad?

MOODY (*conteniendo a ROXY con una mirada*). — ¿Tienes miedo de fracturarte las manos, Joe? (*Éste guarda silencio.*) ¿Qué es una mano fracturada para un luchador? No puedes subir al cuadrilátero y dar todo lo que tienes si estás asustado de lo que pueda pasarle a tus zarpas... ¿No es así? Dímelo...

JOE. — No...

MOODY. — ¿Por qué no abandonas todas las ideas ajenas, Joe?

ROXY (*de repente, en voz alta, a TOKIO*). — Tendrías que haber visto a esa banda de músicos de la calle 48. Violinistas, bateristas, cornetas... No darías ni cinco centavos por todos ellos. ¡Vagabundos!... Oh, perdóname, Tom, le decía a Tokio... (*JOE se da cuenta de que los otros están enterados de la existencia de su violín. Se cierra para ellos. MOODY lo advierte. Le dice a ROXY.*)

MOODY (*iracundo*). — ¿Qué querías decir, mi buen amigo?

ROXY (*simulando desconcierto*). — ¿Qué sucede? ¿Qué ha pasado? (*Como no recibe respuesta alguna, mira varias veces en torno y*

*agrega, con un encogimiento de hombros.)* Creo que me iré enfrente, a comerme un almuerzo de ocho cilindros.

MOODY. — Espolvoréalo de arsénico. ¡¡Hazme ese favor, querido!!

ROXY (*ofendido*). — Linda frase, viniendo de un amigo. (*Sale, altanero.*)

JOE. — ¿Qué quiere, Mr. Moody?

MOODY. — Por el momento, nada. Estoy agotado. Te veré mañana en el gimnasio.

JOE. — Puede que no vaya. Puede que deje el pugilismo; es un mal negocio para mí. No estoy muy convencido de que sea lo que quiero. Puedo hacer otras cosas...

TOKIO. — Te veré mañana en el gimnasio, Joe. (*JOE los mira a los dos, no dice nada; sale.*) ¡Ese Mr. Gottlieb es un caso. Lo veré más tarde.

MOODY (*sin levantar la cabeza*). — Bueno (*TOKIO sale. LORNA y MOODY quedan solos. Ella lanza humo de cigarrillo al cielo raso.*)

MOODY *posa los pies en el escritorio y se echa hacia atrás, cansado. Bufando.* ¡La palabra de orden es "miel"!

LORNA. — ¿A qué venía todo eso? (*Suena el teléfono.*)

MOODY. — Si es para mí, arráncalo. No estoy para nadie, ni siquiera para Dios.

LORNA (*atendiendo*). — ¿Hola?... (*Tapando el receptor con la mano.*) Es Dios... tu esposa. (*MOODY hace una mueca de disgusto, pero toma el teléfono y habla con voz melosa.*)

MOODY. — Sí, Mónica, querida... Sí... tú y tus alimentos... Me vas a llevar a la muerte... Mónica, si tuviese cincuenta dólares me compraría un magnífico ataúd... ¿cómo? Pues méteme en la cárcel. (*Cuelga.*) ¡Perra! Y lo dice en serio.

LORNA. — ¿Qué fue esa escena con Bonaparte?

MOODY. — ¡Querida, el misterio ha quedado revelado! Lo creas o no, Bonaparte es violinista. A lo mejor tocó alguna vez en la radio. No sé qué cuernos ha hecho. El viejo vino aquí a decírnoslo. No piensa más que en sus manos. No se puede hacer nada con un chillado como él.

LORNA. — ¿No quiere abandonar el violín?

MOODY. — Ya lo oíste tratar de ganar tiempo. Esto es el final, Lorna. Es nuestra última oportunidad para una vida decente, para casarnos... ¡Tenemos que hacer que ese muchacho pelee! Es algo más que nuestra comida... ¡Es todo lo que queremos y necesitamos de la vida! (*LORNA se acerca y lo palmea en la espalda.*)

LORNA. — Ánimo, hombrecito.

MOODY. — No me yengas con eso, Lorna. Estoy derrotado. Estoy

cansado. Búscame una cueva de ratón en la que pueda meterme...

LORNA. — ¿Por qué no hablas conmigo cuando necesitas algo? Tienes el cerebro de una pulga. ¿Quieres que Bonaparte pelee?

MOODY. — ¿Quiero ver el día de mañana?

LORNA. — Yo lo haré pelear.

MOODY. — ¿Cómo?

LORNA. — ¿Cómo?... "Soy una ramera de Newark", Tom... Conozco una docena de formas...

## APAGÓN LENTO

## ESCENA CUARTA

(*Unas noches más tarde. JOE y LORNA están sentados en un banco del parque. A lo lejos se escucha la música de un carrusel. Los autos pasan ante los jóvenes, en la alta noche de primavera. Fuera de la vista, una luz de tránsito cambia del rojo al verde y vuelta al rojo, durante toda la escena, y baña con sus colores los rostros de la pareja.*)

LORNA. — ¡Éxito y fama! O una vida perra. Tienes suerte; no necesitas preocuparte de esas cosas...

JOE. — ¿No?

LORNA. — A menos de que Tom Moody sea un mentiroso.

JOE. — Tú lo quieres, ¿no es cierto?

LORNA (*al cabo de una pausa*). — Lo quiero.

JOE. — Me gusta la forma en que vistes. Las mujeres son bonitas en verano. ¿Estuviste alguna vez a la puerta de la biblioteca de la Quinta Avenida, viendo pasar a las muchachas?

LORNA. — No, nunca. (*Cambiando de tema.*) Es del carrusel, esa música. ¿Alguna vez subiste a uno?

JOE. — Eso es para los chicos.

LORNA. — Por Dios, ¿nunca fuiste chico?

JOE. — Pero no un chico feliz.

LORNA. — ¿Por qué?

JOE. — Bueno, siempre me sentí diferente. Hasta mi apellido es especial... Bonaparte... Y mis ojos...

- LORNA. — En tu lugar, yo no me tomaría eso muy en serio...  
(Una pausa. JOE mira hacia adelante.)
- JOE. — Caray, todos esos coches...
- LORNA. — Montones de caballos trotan por aquí. Los ricos saben vivir. Tú serás rico...
- JOE. — Mi hermano Frank es organizador del C.I.O.
- LORNA. — ¿Qué es eso?
- JOE. — Si trabajaras en una fábrica lo sabrías. ¿Trabajaste alguna vez?
- LORNA (con una sonrisa). — No, cuando salí del capullo ya era una mariposa, y las mariposas no trabajan.
- JOE. — Todos esos coches... pasan zumbando. (Habla ahora con menos indiferencia.) ¿Dónde está Mr. Moody esta noche?
- LORNA. — Los martes por la noche va a ver a su hija. Es una chica enferma. Su esposa la deja en la casa de la madre.
- JOE. — Eso te deja libre, ¿verdad?
- LORNA. — ¿Qué estás insinuando?
- JOE. — Pienso en ti y en Mr. Moody.
- LORNA. — ¿Por qué pensar en eso? Yo no pienso. ¿Por qué habrías de hacerlo tú?
- JOE. — Si me pertencieras no pensaría en eso.
- LORNA. — ¿No tienes novia?
- JOE. — No.
- LORNA. — ¿Por qué no?
- JOE (evasivo). — Oh...
- LORNA. — Tokio dice que llegarás muy lejos en el pugilismo.
- JOE. — La música es más importante para mí. ¿Puedo decirte una cosa?
- LORNA. — Es claro.
- JOE. — Si te ríes no te volveré a hablar.
- LORNA. — No soy de las que se ríen.
- JOE. — Con la música nunca estoy solo... Tocar música... es como decir "Soy un hombre. Éste es mi lugar. ¿Cómo te va, mundo? ¡Buenas noches!" Cuando toco, nada está cerrado para mí. No tengo miedo a la gente ni a lo que dice. En la música no hay guerra. No es como la calle. ¿Te parece gracioso?
- LORNA. — No.
- JOE. — Pero cuando uno sale de la habitación... en la calle... ¡es la guerra! La música no me sirve allí de nada. ¿Entiendes?
- LORNA. — Sí.
- JOE. — La gente me ha ofendido durante años. Jamás lo olvido. Si

- la música disparase balas, me gustaría más... Los artistas y las personas por el estilo son hoy una rareza. El mundo se mueve con rapidez, y ellos están sentados, como muñecos olvidados.
- LORNA. — Estás cargado de fuegos artificiales. ¿Por qué no peleas?
- JOE. — ¡Uno tiene que ser lo que es...!
- LORNA. — ¡Lucha! Verás lo que sucede...
- JOE. — ¡O terminaré en el manicomio!
- LORNA. — ¡Por favor! ¿Quién te ha dicho que tienes que ser una sola cosa?
- JOE. — ¡Mi naturaleza no es de pelea!
- LORNA. — ¿Acaso Tokio no sabe lo que dice? ¿No lo sabe Tom? Joe, escucha: ¡sé un luchador! ¡Muéstrale al mundo! Si hicieras fama y fortuna —y puedes hacerlo—, serías todo lo que quisieras. ¡Hazlo! Ábrete paso hacia el título de campeón peso pesado. Hazte una cuenta bancaria. Busca a un gran médico de barba... arréglate los ojos...
- JOE. — ¿Qué tienen mis ojos de malo?
- LORNA. — Perdóname, me equivoqué. (Luego de una pausa.) Te enojas continuamente.
- JOE. — Eso es porque siempre pienso en mí.
- LORNA. — ¿Qué edad tienes, Joe?
- JOE. — Veintiuno y medio, y los meses pasan rápido.
- LORNA. — Eres muy inteligente para veintiuno y medio "y los meses pasan rápido".
- JOE. — ¿Por qué pasan? Me leo la Enciclopedia Británica página por página. El amigo de mi padre, Mr. Carp, la tiene. Un camarón con anteojos tenía que hacer algo.
- LORNA. — Me gustaría conocer a tu padre. ¿Tu madre ha muerto?
- JOE. — Sí.
- LORNA. — La mía también.
- JOE. — ¿De dónde eres? La ciudad está llena de muchachas que dan la impresión de no haber tenido padres jamás.
- LORNA. — Soy del otro lado del río. Mi padre vive... Pesca ostras y mendiga trago en alguna parte, en Jersey. Te diré un secreto. No me gustas.
- JOE (sorprendido). — ¿Por qué?
- LORNA. — Eres demasiado autosuficiente... estas demasiado metido dentro de ti mismo.
- JOE. — O te gusta o no te gusta.
- LORNA. — Estás en una isla...
- JOE. — Robinson Crusoe...

LORNA. — Exacto: "yo, mí y a mí" ¿Por qué no sales a mirar el mundo?

JOE. — ¿Soy así?

LORNA. — ¿No te das cuenta tú mismo?

JOE. — No.

LORNA. — Lanza una mirada más amplia. No sabes lo que está bien y lo que está mal. No sabes elegir, pero no quieres admitirlo.

JOE. — ¿Y tú sabes?

LORNA. — Yo no tengo nada que ver. Estamos haciendo la anatomía de Joe Bonaparte.

JOE. — Estás bailando sobre mi nariz, ¿eh?

LORNA. — ¿Sigo?

JOE. — Sí.

LORNA. — Eres una criatura desdichada. Quieres hundir el brazo en *gelt* hasta el codo. Quieres fama para que la gente no se ría de ti ni se burle de tu cara. Darías tu alma por esas cosas. Pero cada vez que te das vuelta tu almita te da un buen puntapié en los dientes. No se rinde tan fácilmente.

JOE. — ¿Y qué es lo que hace tu alma en su perfumado estuche?

LORNA. — No hablemos de mí.

JOE. — ¿No quieres...?

LORNA (*repentinamente violenta*). — ¡Te dije que no hablaríamos de mí!

JOE (*tranquilo*). — Te mandó Moody... ¡Como un señuelo! Te has equivocado, Lorna, por dos razones. Si quiero luchar lo decidiré yo mismo. Segundo punto: él no sabe que tú no lo amas...

LORNA. — Eres un descarado.

JOE. — En realidad no sabe nada de ti.

LORNA (*desafiante*). — ¿Pero tú sí?

JOE. — Ésta es la anatomía de Lorna Moon: es una chiquilla perdida. No sabe qué es justo o qué es injusto. Es una criatura desdichada que nunca tuvo qué elegir. Pero no quiere admitirlo. ¡Y te diré por qué elegiste a Tom Moody!

LORNA. — No sabes lo que dices.

JOE. — Véte a tu casa, Lorna. Si te quedas, averiguaré algo acerca de ti...

LORNA. — No sabes nada.

JOE. — Ésta es tu oportunidad... ¡Vete a tu casa!

LORNA. — Tom me ama.

JOE (*luego de un prolongado silencio, mirando hacia adelante*). — Me compraré un auto.

LORNA. — Hoy fabrican coches magníficos. Incluso...

JOE. — Gary Cooper tiene uno como los que me gustan. Lo vi en el periódico, pero es muy caro... mil cuatrocientos. Si encontrase uno de segunda mano...

LORNA. — Y si tuvieras el dinero...

JOE. — Lo conseguiré...

LORNA. — ¡Por supuesto, si te dedicas a pelear en serio!

JOE (*en un repentino estallido*). — Dile a tu Mr. Moody que le daré una buena sorpresa.

LORNA. — ¿Lo dices en serio?

JOE (*mirando hacia adelante*). — Esos autos son como veneno en mi sangre. Cuando uno se sienta en un coche y viaja a toda velocidad, el mundo está a los pies de uno. Velocidad, velocidad... todo es velocidad... ¡nadie me alcanza!

LORNA. — ¿Quieres decir en el cuadrilátero?

JOE. — En él o fuera de él... ¡Nadie me alcanza! ¡Me gusta la velocidad!

LORNA. — Hablas como Jack el Destripador.

JOE (*de pronto se pone de pie*). — Te acompañaré a tu casa; a tu hotel, quiero decir. (LORNA *se pone de pie*. JOE *continúa*.) ¿Tienen la misma habitación?

LORNA (*con sumisa admiración*). — ¡Eres un desfachatado!

JOE. — Esta noche, cuando estés en sus brazos, dile de mi parte que el próximo Campeón Mundial come en su pesebre.

LORNA. — ¿De veras te leíste todos esos libros británicos?

JOE. — De la A a la Z.

LORNA. — ¿Y sólo tienes veintiún años?

JOE. — Y medio.

LORNA. — Debe de haber un error en alguna parte.

JOE. — Ya lo sé... (*Salen lentamente*.)

A P A G Ó N



## ESCENA QUINTA

(La semana siguiente. Es casi medianoche. El comedor de los Bonaparte. Sobre la mesa hay una maleta abierta. SIGGIE sirve muestras de vino a LORNA MOON. Él también bebe con gesto apreciativo. A un costado está sentado MR. BONAPARTE, en silencio, pensativo, vigilante... Finge leer el periódico.)

SIGGIE. — Habrían podido voltearme con una pluma cuando me enteré. No pude creerlo hasta que lo vi pelear en el Keystone, la semana pasada. Uno nunca sabe lo que ese muchacho tiene adentro... Como el hombre y los gérmenes: ¡de pronto está en cama, enfermo! (Entra JOE con un brazado de ropa que comienza a meter en la valija.)

LORNA. — La jira le hará mucho bien a Joe. (Entra ANNA y se quita un delantal. Silencio, durante el cual SIGGIE y LORNA beben sorbitos de vino.)

ANNA. — ¿Qué le parece ese vino, Miss Moon? Mi padre hace mejor vino que cualquier otro italiano de Nueva York. Mi padre lo sabe todo... ¿no es cierto, papá? (Con una leve sonrisa, MR. BONAPARTE se encoge de hombros.)

SIGGIE. — Estamos pensando en mandar al viejo a una colonia de leprosos...

ANNA. — ¿No es cierto que mi esposo dice cosas graciosas? Dile lo que le dijiste el martes al portero, Siggie.

SIGGIE. — Déjate de eso.

ANNA. — ¿Sabe cómo conocí a Siggie? Era vendedor de una cigarrería, y yo entré a comprar un paquete de Camel y me hizo un chiste. Era muy grosero, no puedo repetirlo. Me hizo reír desde el comienzo. Han pasado siete años, y desde entonces no he podido dejar de reír. (Lanza una carcajada, satisfecha.) Ésta será la primera vez que Joe se va de viaje. ¿Usted estuvo alguna vez fuera de Nueva York, Miss Moon?

LORNA. — Oh, muchas veces.

ANNA. — ¡Qué lindo! ¿Muy lejos?

LORNA. — California, Detroit, Chicago. Fui camarera de avión durante dos meses.

ANNA. — Qué bueno... una verdadera aventura. Me gustaría volar.  
SIGGIE. — ¡Quédate en tierra! ¡Volar! ¿Para qué? ¿A quién conoces ahí arriba? ¿A las águilas?

ANNA. — Debe de ser una manera espléndida de ver la vida.

LORNA (bebiendo). — He visto la vida en todos sus aspectos. (MR. BONAPARTE se pone de pie con una sonrisa. La mirada de LORNA lo sigue mientras sale. A JOE.) Creo que tu padre salió porque no me quiere.

JOE. — Te quiere.

ANNA. — Mi padre quiere a todos. Es un hombre muy profundo. Mi padre tiene más amigos que nadie. Pero a su caballo lo quiere más que a nadie. Es una yegua, Dolly, que tira del carro de la fruta. Mi padre no puede quedarse tranquilo los domingos por la tarde. Tiene que ir a ver lo que hace su caballo. (Ve la maleta.) Joe, no sabes cómo hacer una valija. (Se acerca para ayudarlo.)

SIGGIE (quisquilloso). — Descansa un poco, duquesa.

ANNA (explicándose). — No sabe hacer una maleta. (Comienza a arreglar de nuevo el contenido de la valija. Vuelve MR. BONAPARTE y entrega a JOE un sweater.)

MR. BONAPARTE. — Olvidabas tu mejor sweater.

JOE. — Gracias. (MR. BONAPARTE se sienta. JOE lo mira de reojo.)

ANNA. — Cuando vayas a Chicago, cómprate ropa interior nueva, Joe. Tengo entendido que todo es más barato en Chicago. ¿Es cierto, Miss Moon?

LORNA (después de beber otro sorbo). — ¿Chicago? No sé. Estuve allí sólo una noche... Esa noche supe que mi madre había muerto. En realidad se suicidó.

ANNA. — ¡Qué pena!

LORNA. — No, mi padre es un viejo borrachín hijo de perra. ¿Me preguntó por mi padre?

MR. BONAPARTE (que ha estado escuchando con atención). — Sí...

LORNA. — Dos veces por semana le daba de trompadas a mi madre. Si yo me abandonara, sería una bebedora en menos de un año.

ANNA. — Mi padre jamás le dijo una palabra fuerte a mi madre durante toda su vida. Y ella fue un fastidio hasta el día de su muerte. Se parecía un poco a mí, era más bien robusta. Cuidate la salud, Joe, cuando estés allí. ¿Qué es mejor que la salud?

LORNA (volviéndose hacia MR. BONAPARTE, ante quien se siente tímida). — La cuestión es si usted me quiere o no me quiere.

MR. BONAPARTE (con una leve sonrisa). — Sí...

LORNA. — Su familia es muy simpática... ¿Usted me quiere?

MR. BONAPARTE. — Sí...

LORNA. — ¿Por qué me mira de esa manera?  
 MR. BONAPARTE. — No la miro de ninguna manera en especial.  
 ¿Piensa viajar en ese tren con mi hijo?  
 LORNA. — ¡Por Dios, no! Soy amiga del administrador de él, eso es todo. Y también amiga de Joe.  
 MR. BONAPARTE. — ¿Es partidaria de que mi hijo sea pugilista? (JOE mira a su padre de reojo y sale.)  
 LORNA. — Por supuesto. ¿Y usted no?  
 MR. BONAPARTE. — Joe soñó muchos años con ser un gran violinista. ¿Fue una cosa de juventud? ¿Fue real? ¿O es real lo de ahora? Ésas son mis preguntas, Miss Moon. Quizá usted es amiga de mi hijo. Entonces se lo pido a usted, cuídalo. Estúdiele. Ayúdelo a encontrar lo que es justo. Y dígamelo, Miss Moon, cuando lo descubra. Ayude a Joe a encontrar el verdadero éxito. ¿Lo hará?  
 LORNA. — Tendré sumo placer en cuidarlo. (JOE entra con pantuflas que pone en la maleta.)  
 ANNA (a JOE). — También te vendrían bien unas camisas nuevas.  
 SIGGIE. — Escucha, papá, soy un hombre sencillo y no me gustan las bromas pesadas. Joe se metió en el pugilismo porque tiene vergüenza de ser pobre. Ésa es su manera de entrar en una empresa. ¡Y todo lo demás es jarabe de pico! (JOE contempla la maleta.)  
 ANNA (tomando el vaso de vino de manos de SIGGIE). — ¡Borracho como una cuba!  
 JOE. — Se está haciendo tarde, y el tren no me esperará.  
 SIGGIE (se pone de pie). — Mi Dios es el éxito. ¿Tengo que decir más? Estoy orgulloso de ti, Joe. Gana bastante plata para comprarle al esposo de tu hermana un taxi nuevo. ¡Sí, jóvenes y jovencitas, mira la vieja bola de cristal y veo extraños y maravillosos acontecimientos!  
 ANNA (con una risita ahogada). — ¡Borracho como una cuba!  
 JOE (a SIGGIE). — No puedes llevarnos a la estación en ese estado.  
 SIGGIE. — ¿Qué estado?  
 ANNA. — Estás borracho, estúpido.  
 SIGGIE. — ¡Cierra la boca, tonta! Porque no sé contenerme, piensa que estoy borracho. Si te contienes te vienen úlceras. (A JOE.) Vé a buscar tu "chapou" y vamos. ¿O no quieres que te lleve?  
 JOE. — No.  
 SIGGIE. — Cosa tuya. De todos modos mi taxi está en el garaje. (De pronto se sienta.)  
 JOE. — Será mejor que vayamos saliendo...

LORNA (a MR. BONAPARTE). — Me gustaría volver a conversar con usted otra vez.  
 MR. BONAPARTE. — Venga por la noche, en cualquier momento. Usted es una muchacha encantadora (MR. CARP aparece en la puerta.) Aquí viene Mr. Carp a despedirse.  
 SIGGIE. — Entre, mi principito.  
 CARP (entra y estrecha la mano a JOE). — Te deseo buena suerte en todo lo que hagas.  
 JOE (inquieto porque su padre lo mira). — Gracias.  
 MR. BONAPARTE (presenta a CARP). — Miss Moon, mi vecino, Mr. Carp.  
 CARP. — Encantado de conocerla.  
 LORNA. — Hola. (MR. BONAPARTE saca el estuche del violín del escondrijo en el aparador.)  
 MR. BONAPARTE. — Joe, esto te lo compré hace un tiempo. No te lo di porque no sabía qué pensabas hacer. Llévatelo ahora contigo. Toca para ti. Te hará recordar tus viejos tiempos de vida musical. (JOE deposita la valija en el suelo y toma el violín. Pulsa las cuerdas, estira una de ellas. A pesar de la tensión su expresión se torna suave y tierna.)  
 LORNA (mirándolo atentamente). — Será mejor que no perdamos el tren... Tokio está esperando.  
 MR. BONAPARTE. — Llévatelo contigo, Joe.  
 JOE. — Es hermoso...  
 MR. BONAPARTE. — Practica durante el viaje. (JOE se vuelve bruscamente y sale con el violín. Los otros escuchan, cada uno en su lugar, mientras de la habitación vecina llega una hermosa música de violín. Regresa JOE. Silencio mientras él deja el violín en la mesa, frente a su padre.)  
 JOE (en voz baja). — Devuélvelo, papá.  
 ANNA (abrazando a JOE). — Buen viaje, Joe.  
 CARP. — Come en buenos restaurantes... (Un silencio; PADRE e HIJO se miran. Los otros presienten el drama que se desarrolla entre los dos.)  
 JOE. — Tengo que hacerlo, papá.  
 MR. BONAPARTE. — Ten cuidado con tus manos.  
 JOE. — Papá, dame la palabra...  
 MR. BONAPARTE. — ¿Qué palabra?  
 JOE. — Dame tu palabra de que seguirás adelante. Estás mirando hacia el ayer... yo miro hacia el mañana. Quizá crees que tengo que pasarme toda la vida aquí... escuchándote hablar con Carp.  
 MR. BONAPARTE (conteniéndose). — ¡Oh, Joe, cierra la boca!

JOE. — ¡Dame tu palabra de que seguirás adelante!

MR. BONAPARTE. — ¡Ten cuidado con tus manos!

JOE. — ¡Quiero que me des la palabra!

MR. BONAPARTE (*gritando*). — ¡No! ¡Ninguna palabra! ¿Vas a pelear? ¡Está bien! ¡Perfecto! ¡Pero no te doy ninguna palabra! ¡No!

JOE. — ¿Eso es lo que me dices?

MR. BONAPARTE. — ¡Eso es lo que te digo! (*Se le quiebra la voz y padre e hijo no pueden hacer otra cosa que apretarse en un abrazo apresurado. Finalmente Mr. BONAPARTE se suelta y se aparta. JOE toma bruscamente su maleta y sale. LORNA lo sigue, deteniéndose en la puerta para mirar a Mr. BONAPARTE. En el silencio que se hace a continuación, ANNA mira a su padre y mene a la cabeza. SIGGIE se pone pesadamente de pie y emite un sonido como de campanadas.*)

SIGGIE. — ¡Bong, bong, bong, bong!

ANNA. — Vamos, papá.

SIGGIE. — Ven a acostarte, Anna... Anna-banana... (*SIGGIE sale.*)

ANNA. — Vamos, papá... (*Toca a su padre con gesto de simpatía.*)

MR. BONAPARTE (*sin volverse*). — Vé a acostarte, Anna... (*ANNA sale con lentitud. Mr. BONAPARTE vuelve lentamente a la mesa y contempla el violín.*)

CARP (*sentándose*). — Vamos, amigo... Hagamos una buena conversación sobre un tema cultural. (*Mira el violín.*) Tendrá que trabajar unos años antes de poder cubrir el precio del violín... (*Mr. BONAPARTE sigue observando el violín.*) Sí, mi amigo, ¿qué es el hombre? Como dice Schopenhauer, y en último análisis...

#### APAGÓN LENTO

## SEGUNDO ACTO

### ESCENA PRIMERA

(*Seis meses después. En un extremo del gimnasio están ROXY, MOODY, LORNA y TOKIO. Miran hacia la derecha, contemplando a JOE, que se adiestra. De la derecha llegan los ruidos de actividades típicas de gimnasio: el golpe sordo de los guantes de box, el tableteo de un punching-ball y de vez en cuando el timbre general que es la señal para los períodos de descanso. En la pared hay pegado un anuncio de equipos de box, una mugrienta bandera norteamericana, algunos descoloridos carteles. El grupo mira en silencio durante unos segundos, después de que se encienden las luces. Un PUGILISTA, secándose el cuerpo sudoroso con una toalla, pasa de izquierda a derecha y mira las piernas de LORNA. Mientras ROXY observa, su cabeza se mueve de un lado al otro, al ritmo de los movimientos de JOE, fuera de escena. ROXY asiente, admirado.*)

ROXY. — Tokio, hay que decir lo que es, ¡en los últimos seis meses has hecho un buen trabajo!

TOKIO (*gritando*). — ¡Con la izquierda! ¡Una izquierda larga, Joe!

LORNA (*mirando*). — Joe es un muchacho muy bien parecido. No me había dado cuenta hasta ahora. (*Suena el timbre general. Se interrumpe el estrépito fuera de escena.*)

MOODY (*se frota las manos, entusiasmado*). — “¡Que llueva, que caiga a baldes! ¡No lloverá en el lugar al que vamos!”

ROXY. — Me alegro muchísimo de que haya dejado de cuidarse los guantes.

TOKIO. — Es un rey en el cuadrilátero.

MOODY. — ¡Pero cómo los sorprendió en el Bronx, la otra noche...! Pero no entiendo una cosa... El K.O. que recibió en Filadelfia hace cinco semanas.

TOKIO. — Esa noche estaba fuera de forma, Tom. ¿Dónde viste semejante velocidad? Eso es estilo... verdadero estilo... imposible seguirlo. Y pega con las dos manos.

MOODY. — No tienes por qué elogiarme todas sus virtudes... estoy convencido. Pero en Filadelfia no las exhibió.

- TOKIO. — Te diré lo que sucedió allá. Nos topamos con un hombre cuando salíamos del hotel. Joe palideció. Le pregunto qué pasa. "Nada", me dice, Pero yo me di cuenta... un hombre de pelo largo y un estuche de violín. Cuando doblamos la esquina me dice: "Me está siguiendo". ¡Como si estuviéramos jugando al ladrón y policía! *(Suena el timbre general; vuelven a escucharse los ruidos del adiestramiento.)*
- ROXY. — ¿Un secuestrador?
- LORNA. — No sea tonto. Eso le recordó...
- ROXY. — ¡Hable cuando le hablen, Miss Moon!
- MOODY *(malhumorado)*. — ¿Y esa noche, cuando subió al cuadrilátero, no sacó las manos de los bolsillos?
- TOKIO. — Sí. No lo mencioné antes... porque no es importante.
- MOODY. — Pero sigue siendo un peligro.
- TOKIO. — No.
- MOODY. — Pero de cualquier manera será mejor que lo saquemos de su casa. No podemos permitirnos más derrotas a esta altura del juego. Basta de apariciones, ¡como si de pronto un violín pasara volando a través de la habitación! *(El grupo vuelve a observar atentamente a JOE, que está fuera de escena.)* ¡Ooooh! ¿Vieron eso? En esa derecha tiene verdadera dinamita. *(Gritando.)* ¡Pégale, joc, pégale! *(Le llega una respuesta indistinta.)* Ahá, vean esa, ahá... *(Volviéndose a TOKIO.)* ¿Qué te parece una idea con Lombardo?
- TOKIO. — ¿Puedes arreglarla?
- MOODY. — Quizá.
- TOKIO. — Está bien.
- MOODY. — ¿Seguro?
- TOKIO. — Será un triunfo fácil, por lo menos por puntos. *(Durante las últimas frases ha entrado un hombre delgado y moreno. Su cabello negro exhibe canas en las sienes, y su expresión es incoherente. Es EDDIE FUSELI, conocido pistolero y jugador fullero.)*
- EDDIE FUSELI *(acercándose al grupo)*. — Hola.
- ROXY *(nervioso)*. — Hola, Eddie.
- MOODY *(volviéndose)*. — Hace millones de años que no te veo, Fuseli.
- EDDIE *(señalando hacia la izquierda)*. — Tú tienes ese muchacho... Bonaparte. Me gusta su estampa. ¿Es norteamericano?
- ROXY. — Nació aquí mismo.
- EDDIE *(contemplando a JOE)*. — Como un gato, nunca pierde el equilibrio. Me gusta. *(A MOODY.)* Te llaman el Zorro. ¿Qué opinas de ese muchacho?
- MOODY *(fríamente, en guardia)*. — Tiene posibilidades...

- EDDIE *(a TOKIO)*. — ¿Y tú?
- TOKIO. — Lo que dijo Tom.
- EDDIE. — ¿Podría llegar arriba?
- MOODY *(como antes)*. — No puedo predecirlo. No leo en la palma de la mano.
- EDDIE. — ¿Podría yo comprar una parte de él?
- MOODY. — ¡No!
- EDDIE *(con frialdad)*. — ¿Podría?
- MOODY. — ¡No!
- EDDIE *(con cierta ternura)*. — Me gustan los buenos boxeadores. Me gustaría verte después, Tom. ¿Ésta es tu chica?
- LORNA *(descarada)*. — Soy la chica de mi madre.
- EDDIE *(con una risita carente de alegría)*. — Ja, ja... Eso sí que está bueno. *(Sale tranquilamente, con pasos felinos. Suena el timbre general. Cesa el alboroto.)*
- LORNA. — ¿De qué desagüe salió?
- ROXY. — Recuerdo a este Eddie Fuseli cuando volvió de la guerra con una carabina. Todavía tiene la carabina, ¡y todavía me pone la carne de gallina!
- MOODY. — Ese Fuseli es una pesadilla en mi vida. Cada tanto cruza por mi tranquila existencia como un cohete en la noche.
- LORNA. — Vende o no vendas. Pero ten cuidado, porque ese tipo es peligroso. *(UN PUGILISTA, envuelto en una bata y con la cabeza cubierta por una toalla, cruza ante ellos; un JUGADOR pasa en dirección contraria. Ambos estudian las piernas de LORNA.)*
- MOODY. — ¡Dale a una rata como esa un dedo y perderás la mano antes de que te hayas dado cuenta de nada!
- TOKIO. — ¿Sabías que Joe se compró un auto esta mañana?
- ROXY. — ¿Qué tipo de auto?
- TOKIO. — Un Dusenberg.
- MOODY. — ¿Uno de esos coches de fantasía?
- TOKIO *(asintiendo)*. — Le costó cinco mil, de segunda mano.
- MOODY *(colérico)*. — ¿Es que yo soy el hijastro de alguien? ¡Me alegro de que me lo digas ahora, aunque sólo sea por fantasía!
- ROXY *(indignado)*. — ¿Por qué mantienes en secreto una cosa así?
- MOODY. — ¡Conduce como un demente! ¿Se acuerdan de esa vez que fuimos a Long Beach? ¡Casi perdí la cabeza! ¡No podemos dejar que vaya de un lado a otro en ese coche! ¡Está adquiriendo una cantidad de malas costumbres! *(Vuelve a sonar el timbre general; cesa el ruido.)*
- MOODY. — Ésta es la verdad: nuestro muchacho puede ser cam-

peón en tres lecciones fáciles: Lombardo, Fulton y Kid Chocolate. ¡Pero tenemos que tener cuidado!

LORNA. — Aquí viene. (JOE entra cubierto por una bata, quitándose el protector de la cabeza, que entrega a TOKIO.)

MOODY (cambiando por completo de tono). — Estuviste muy bien ahí, Joe. Vas muy bien, y eso me gusta. En tu lugar, yo trabajaría un poco más con esa izquierda larga.

JOE. — Sí, estuve hablando con Tokio de eso. Siento que estoy mejorando. Me gusta adiestrarme. Avanzo... Me siento mejor con cada día que pasa.

LORNA. — ¿Feliz?

JOE (mirándola con atención). — ¡Todos los días es sábado!

ROXY (oficioso). — Oye, ¿qué es eso que me dicen, de que te compraste un Dusenber?

JOE. — ¿Te molesta? ¿No puedo divertirme un poco?

ROXY. — Te tengo vigilado. Me gusta conocer tus costumbres. ¿No está permitido? (JOE está a punto de contestarle con ira cuando MOODY lo toma suavemente del brazo en un intento de tranquilizarlo.)

MOODY. — Espera un momento, Joe. En fin de cuentas nos interesa tu seguridad. Y en fin de cuentas un Dusenber puede hacer más de ciento cuarenta por hora... (Aparece EDDIE FUSELI, sin que lo vean los otros. Escucha.)

JOE. — ¿Quién necesita tanta velocidad?

MOODY. — Y como tu futuro nos interesa vitalmente...

JOE (quitándose de encima la mano de MOODY y diciendo lo que realmente piensa). — ¡Si están vitalmente interesados en mi futuro, demuéstrenlo! Consíganme algunas peleas... pero peleas con boxeadores, no con estúpidos aficionados. ¡Consíganme algunas peleas importantes en la zona metropolitana!

MOODY (perdiendo los estribos). — ¡Tienes un boca demasiado grande para uno que fue noqueado hace cinco semanas! (Suena el timbre general, se reinicia el estrépito.)

JOE. — ¡Eso no volverá a suceder! ¿Y qué hay de que la prensa hable un poco de mí? Veintiséis peleas y nadie sabe que existo. ¡Éstas no son vacaciones para mí... es mi profesión! Me quedo más de una semana. Consíganme peleas realmente buenas. Nada de lo que hagan será demasiado rápido para mí ¡No se preocupen por los autos!

MOODY. — ¡No podemos ir tan rápido! ¡No eres tan bueno!

JOE (con una sonrisa juvenil). — ¿Qué dicen los números? (Sale bruscamente. TOKIO lo sigue, luego de lanzar una mirada a los otros.)

MOODY. — ¡Ese muchacho está cambiando!

ROXY. — ¡Pasa por sobre mi cabeza como un viento frío del río!

LORNA. — ¡Pero están consiguiendo lo que quieren... el competidor por el título!

MOODY. — Ojalá estuviese seguro.

ROXY. — ¡Frankenstein! (EDDIE FUSELI se acerca a los otros.)

EDDIE. — Lo he estado pensando, Tom. Me gustaría comprar una parte de ese muchacho.

MOODY (airado). — Yo también lo estuve pensando... No está en venta. En rigor he escuchado la voz de Jehová. Descendió sobre las tranquilas aguas y me dijo: "Que haya unidad en la propiedad".

EDDIE (con el rostro inexpresivo). — Yo también tuve una visita. Bajó al bar y se comió una cervecina. Y me dijo: "Eddie Fuseli, ¡me gustaría que comprases una parte de ese muchacho!"

MOODY (tratando de demorar lo inevitable). — ¿Por qué no me vas a ver mañana a mi oficina?

EDDIE. — Es una oficina sucia. Me deprime.

MOODY (por último). — No puedo ofrecer ninguna garantía por Joe.

EDDIE. — ¿Qué quieres decir, Tom?

MOODY. — No sé qué demonios hará en los próximos seis meses.

ROXY. — Eddie, es como los panqueques... arriba y abajo... ¡no se sabe qué lado estará arriba!

EDDIE (con su risita sin alegría). — Ja, ja, ésa es buena. Tendrías que trabajar en la radio.

MOODY. — No, es la verdad...

ROXY. — Ya hemos tenido bastantes dolores de cabeza. ¡Tiene un padre pero qué padre!

EDDIE. — ¿No quiere que pelee?

ROXY. — ¡Está sentado sobre la cabeza de Joe como en un nido de pájaros! (ROXY posa la mano sobre el brazo de EDDIE.)

EDDIE. — Sácame la mano de encima. (ROXY retira apresuradamente la mano.) Que decida él mismo...

MOODY. — ¿Si tú compras una parte?

EDDIE. — Que decida el muchacho.

MOODY. — ¡Bueno! Pero si dice que no... (JOE entra antes de que MOODY pueda terminar la frase. EDDIE se vuelve y lo mira. Cosa curiosa, EDDIE se muestra turbado ante JOE. Suena el timbre, se interrumpe el ruido.)

MOODY. — Joe, éste es Eddie Fuseli. Es un hombre importante en la ciudad...

EDDIE (de frente a JOE, de espaldas a los demás). — Con buenas vinculaciones...

MOODY. — Quiere comprar una parte de tu contrato...

EDDIE (girando en torno). — Se lo diré yo mismo. (Volviéndose hacia JOE; con tranquila e intensa dignidad.) Yo también soy italiano; italiano de nacimiento, pero ciudadano norteamericano. Quiero comprar una parte de tu contrato. No me interesa la ganancia. Puedo devolvértela... tú puedes tomar mi parte. Pero me gusta un buen boxeador; me gusta un buen luchador que pueda conquistar la corona. Es el interés de mi vida. Será una gran cosa para mí cuando Bonaparte gane el título, como creo que puede ganarlo.

MOODY (confidencial). — Tú eres el que decide, Joe, si le vendes una parte.

EDDIE (zalamero). Algunos administradores no pueden darte lo que necesitas...

MOODY. — ¡No digas eso!

EDDIE. — ¡Algunos administradores no pueden! Me ocuparé de que tengas buenas peleas... noticias en la prensa... Yo sé cómo... Eres un muchacho que necesita todo eso. Decide... (Hay una pausa. La mirada de JOE va de LORNA a los otros y vuelve a EDDIE.)

JOE. — Mi mitad no la vendo.

EDDIE. — Tu mitad no.

JOE. — Siempre que Mr. Fuseli no se entrometa en mi vida privada... divídanlo como les parezca. Perdóñenme, tengo una cita con Miss Dusenbergl. (Los otros, en silencio, lo miran salir.)

EDDIE. — ¿Una cita con quién?

MOODY (con un bufido). — ¡Miss Dusenbergl!

ROXY. — Un automóvil. Eso te da una idea de quién es él... "¡Miss Dusenbergl!"

EDDIE. — ¿Cómo lo quieres, Tom? ¿Cambio o dinero grande?

MOODY. — No creas que lo compras por una caja de fósforos.

EDDIE. — Acepta billetes grandes... Son flamantes, son agradables al tacto. Te veré mañana en esa oficina. (Suena el timbre fuera de escena. EDDIE va a salir, pero se vuelve de pronto y encara a ROXY, a quien aterroriza interiormente.) Es una treta que tú no conoces, Roxy. Cuando un pájaro se te posa en la cabeza y te impide conquistar el campeonato, lo matas de un tiro. Sea el pájaro que fuere. Te sorprendería saber lo rápido que caen al suelo. Ésa es mi intención en esta empresa. (Esboza una leve sonrisa y sale de escena con movimientos felinos.)

MOODY. — ¡Eso no me gusta!

ROXY. — Yo tampoco me siento muy feliz en este momento. ¿Qué te parece la gratitud de nuestro muchacho? ¡Nos deja en camiseta!

LORNA. — ¿Qué les hace pensar que merecen gratitud?

MOODY (a LORNA). — ¡Por lo que más quieras, cállate! ¿Estás con nosotros o contra nosotros?

ROXY (altivo, a MOODY). — Escucha mi consejo, Tom. Cásate con ella y hazle un hijo el primer año. Y entonces se quedará sentada en los rincones, engordará, se volverá soñolienta, ¡y no tendrá una boca tan grande! ¡Te lo dice el tío Roxy!

LORNA (a ROXY). — ¿Era obligatorio que le hablara del padre al pistolero? ¡Vaya a su casa y que su esposa, le dé un hijo a usted!

ROXY. — Una mujer no debería entrometerse...

MOODY. — ¡Calma, por favor, calma! Lorna, estamos, estamos en un aprieto con Joe. Resulta difícil dirigirlo, y este es un momento en que todas las cosas deberían andar bien. ¡Mañana tengo que ver al administrador de Lombardo! Y ahora se me ha echado encima ese pistolero. Tienes que ayudarme. ¿Quieres que sea como en los cuentos: "vivieron felices por siempre jamás"? Entonces ayúdame.

LORNA. — ¿Cómo?

MOODY. — Sigue al muchacho. Aléjalo de su familia. No permitas que se meta en problemas...

LORNA. — ¿Cómo?

MOODY (impaciente). — Tú sabes cómo.

ROXY. — Así se habla.

LORNA (señalando a ROXY). — ¿Quieres decir en la forma que leo en la expresión de él?

MOODY. — ¡Por favor! ¿A qué viene una observación como ésa?

LORNA. — ¿Esperas que me acueste con ese muchacho?

MOODY. — ¡Te arrancarías las orejas por decir una cosa así!

ROXY (discreto). — Creo que me iré a comer un sandwich. (Sale.)

MOODY (después de un silencio). — ¿Estás loca?

LORNA (con los labios apretados). — No.

MOODY. — No soy un mal tipo, Lorna. No tengo malas intenciones. Está bien, soy grosero... A veces estoy preocupado y soy grosero. (Suena el timbre; se interrumpe el ruido.) Pero qué diablos, tengo el corazón en el lugar en que debe estar... (Se acerca a ella por detrás y la abraza mientras ella mira hacia adelante.) Lorna, ¿no queremos los dos que salga el sol y nos ilumine? ¿No lo queremos? Cuando menos lo pienses, tendremos encima el verano. Y luego volverá el invierno, y habrá pasado otro

año... Y todavía no estamos casados. ¿Entiendes...? ¿Entiendes lo que quiero decir?

LORNA (*en voz baja*). — Sí...

MOODY (*radiante, pero inseguro*). — Parece que vuelves a hablar como la muchacha que conocí...

LORNA. — Entiendo lo que quieres decir...

MOODY (*interiormente preocupado*). — ¿Ya no estás enojada?

LORNA (*lacónica*). — No estoy enojada. (*Pero interrumpe bruscamente y se aparta de MOODY*).

MOODY (*mencando la cabeza*). — ¡Todavía no entiendo a las mujeres!

## APAGÓN

## ESCENA SEGUNDA

(*Unas noches más tarde. LORNA y JOE están sentados en el mismo banco del parque.*)

JOE. — ¡Hace varias noches que me despierto... y el corazón me late como un tambor! Antes de abrir los ojos sé lo que sucede... Tengo la sensación de que hay alguien al lado de mi cama. Y entonces abro los ojos... y ya no está... ¡se ha ido!

LORNA. — Quizá sea ese viejo violín tuyo.

JOE. — Lorna, quizá seas tú...

LORNA. — ¿Ya no piensas más en eso... en la música?

JOE. — ¿Qué estás tratando de hacerme recordar? ¿A un chico de cuello alto y un estuche de violín metido debajo del brazo? ¿Eso te resulta agradable?

LORNA. — Cuando lo dices de esa manera, no. En una ocasión lo decías distinto...

JOE. — ¿En qué piensas, Lorna?

LORNA. — ¿En qué piensas tú?

JOE (*sencillo*). — En ti... Para mí eres real... como lo era la música.

LORNA. — Tienes tu coche, tu carrera... ¿Para qué me necesitas?

JOE. — He desarrollado la habilidad de derribar a cualquiera que tenga mi peso. ¿Pero qué demuestro con eso? ¿Crees que no lo sé? Me lancé a la guerra porque alguien me insultó... por-

que quería ser otros dos tipos. Y ahora lo estoy consiguiendo... y no estoy seguro de que me guste.

LORNA. — A Moody no le gusta ese coche tuyo.

JOE. — Y a mí no me gusta Moody, de modo que estamos a mano.

LORNA. — ¿Por qué no te gusta?

JOE. — ¡Es un administrador! ¡Me trata como a una propiedad de él! Para él no soy más que una pequeña mina de plata... ¡Me tira de un lado a otro con una pala!

LORNA. — Te ha ayudado...

JOE. — No, me ayudó Tokio. ¿Por qué no lo abandonas? Es terrible tener una muchacha nada más que para los martes por la noche. ¿Por qué no me perteneces todas las noches de la semana? ¿Por qué no me enseñas a amar?... ¿O soy un tonto?

LORNA. — No eres un tonto, Joe.

JOE. — Quiero que seas mi familia, mi vida... ¿Por qué no lo haces, Lorna, por qué?

LORNA. — Él me ama.

JOE. — ¡Yo te amo!

LORNA (*con pies de plomo*). — Bueno... El pájaro madrugador se comió el gusano. No puedo causarle daño. Yo... yo sé cómo es eso. No tendrías que propinarle puntapiés a Moody. No es nada comparado contigo. Tú estás vivo, te tienes a ti mismo... ¡No puedo sentir lástima por ti!

JOE. — ¡Pero no lo amas!

LORNA. — No tengo mucho interés en mí. Pero lo que más me gusta en ti... sigues sintiéndote un fracasado. Es misterioso, Joe. Me dan ganas de tocarte. (*Tiende la mano y él la aferra.*)

JOE. — Me siento muy próxima a ti, Lorna.

LORNA. — Lo sé...

JOE. — Y tú te sientes próxima a mí. Pero tienes miedo...

LORNA. — ¿De qué?

JOE. — ¡De correr un riesgo! Lorna, querida, ¿no quieres permitirme que te despierte? Lo siento todo el tiempo... ¡Estás medio muerta y no lo sabes!

LORNA (*con una semisonrisa*). — Quizá sí...

JOE. — No sonrías... ¡No seas cínica!

LORNA (*sincera*). — No lo soy.

JOE. — ¿No me tienes confianza?

LORNA (*evasiva*). — ¿Por qué comenzar algo que no podemos terminar?

JOE (*intenso*). — ¡Oh, Lorna, desde tan hondo como te llegue mi voz! ¡¡Escúchame!! ¿Por qué no lo abandonas? ¿Por qué?

LORNA. — No me arranques el vestido... te oigo.

JOE. — ¿Por qué?

LORNA. — Porque él me necesita y tú no...

JOE. — ¡Eso no es cierto!

LORNA. — Porque es un individuo desesperado que siempre trata de ganar con todas las posibilidades en contra. Porque a los cuarenta y dos años es un chico, y tú eres un hombre a los veintiuno.

JOE. — ¿Le tienes lástima?

LORNA. — ¿Qué tiene eso de malo?

JOE. — ¿Pero qué obtienes tú de eso?

LORNA. — Ya te dije antes que no me interesa.

JOE. — ¡No lo creo!

LORNA. — ¡No puedo evitarlo!

JOE. — ¿Qué hizo él nunca por ti?

LORNA (*con repentina elocuencia*). — ¿Quieres saberlo? ¡Me amó en un mundo de enemigos, de machos! ¡Y yo lo amé por eso. Me recogió en el hotel de Friskin, en la calle 39. Yo debía nueve semanas de alquiler. Todavía no había caído en el arroyo, pero estaba a punto. Me lavó la cara y me peinó el cabello. Me enderezó los hombros. La miseria ayudó a la miseria...

JOE. — Y ahora estás muerta.

LORNA (*punzante*). — ¡No sé de qué diablos estás hablando!

JOE. — Sí que lo sabes...

LORNA (*recogiéndose en sí misma*). — Ehem... (*Silencio. Se escucha a lo lejos la suave música del parque. Cambian las luces del tránsito. LORNA trata de parecer impasible. JOE silba con suavidad. Al cabo LORNA toma la última nota y continúa; él se interrumpe. Recoge la nota y luego de silbar unas frases ella vuelve a acompañarlo. Este dúo de silbidos prosigue durante casi un minuto. Luego las luces del tránsito vuelven a cambiar.*)

LORNA (*empieza a hablar en voz baja*). — Me haces sentir demasiado humana, Joe. Lo único que quiero es paz y sosiego, no amor. Soy una anciana fatigada, Joe, y no me molesta estar lo que tú llamas "medio muerta". En realidad es lo que deseo. (*Su tono de voz va en ascenso.*) ¡Las dos veces que me enamoré sufrí muchísimo, y no quiero volver a pasar por eso! (*Casi a gritos.*) ¡Quiero que termines! No me acoses, Joe, te lo ruego... No me acoses... Déjame en paz... (*Solloza suavemente. JOE le toma la mano; le da un pañuelo, que ella usa.*) Ésta es la tercera vez que lloro en mi vida...

JOE. — Ahora sé que me amas...

LORNA (*con amargura*) — Y bien...

JOE. — Se lo diré a Moody.

LORNA. — Todavía no. Quizá te matará si se entera.

JOE. — Quizá.

LORNA. — Y entonces Fuseli lo matará a él... Creo que sólo restaría que yo me suicidara. Se lo diré yo...

JOE. — ¿Cuándo?

LORNA. — Esta noche no.

JOE. — Pronto, hazlo pronto...

LORNA. — Esta noche no.

JOE. — Todo es fácil si lo haces en el acto.

LORNA. — Esta noche fue a la casa de ella con seiscientos dólares, para hacer que le concediera el divorcio.

JOE. — Oh...

LORNA (*triste*). — Es un buen tipo, limpio... dulce. Se lo diré mañana. Me gustaría beber un trago.

JOE. — Vayamos hasta el puente de Washington.

LORNA (*de pie*). — No, querría beber un trago.

JOE (*de pie, frente a ella*). — Lorna, cuando te hablo... algo se me mueve en el corazón. ¡Caray, es el comienzo de una vida maravillosa! ¡Un hombre y su novia! Una muchacha cálida y viviente que comparte la habitación de uno...

LORNA. — Llévame a tu casa.

JOE. — Sí.

LORNA. — ¿Pero cómo sé que me amas?

JOE. — Lorna...

LORNA. — ¿Cómo sé que es cierto? Llegarás a campeón. ¡Todas las mujeres te querrán! ¡Pero no me importa! ¡He estado sumergida mucho tiempo! Cuando me ponía las manos encima, solía decirme: "¡Esto no es así! ¡No es lo que quiero!" ¡Para mí ha sido un mundo misterioso. ¡Pero, Joe, pienso que tú eres eso! ¡No sé por qué, pero creo que tú lo eres! Llévame a tu casa.

JOE. — ¡Lorna!

LORNA. — Pobre Tom...

JOE. — ¡Pobre Lorna! (*Lo demás es abrazo y beso y apretarse el uno al otro.*)



## ESCENA TERCERA

(Al día siguiente: la oficina. Están presentes LORNA y MOODY. A ella le duran los efectos de la borrachera de la noche anterior, y se muestra inquieta.)

MOODY. — Parece que ayer por la noche te excediste un poco en la bebida. ¿De qué se trata? ¿Quieres iniciar una carrera de bebedora en tu vejez? ¿Te duele la cabeza?

LORNA. — No.

MOODY. — No volveré a dejarte pasear por el parque a solas, si sigues haciendo eso.

LORNA (hiriente a pesar de sus mejores intenciones). — Si para cambiar te alejaras un poco de tu esposa...

MOODY. — Es un poco tarde para venir con ésas, ¿no te parece? Los martes por la noche...

LORNA. — No puedo evitarlo... me siento como una ramera. Hace años que me siento como una ramera.

MOODY. — Ayer estuvo muy amistosa.

LORNA. — ¿Sí? ¿Te acostaste con ella?

MOODY. — ¿Qué demonios te pasa, Lorna? (Se acerca a ella. Ella se aparta.)

LORNA. — ¡No pises el césped! (MOODY le lanza una mirada interrogante, vuelve a su escritorio y desde allí le dirige otra mirada interrogante.)

MOODY. — ¿Por qué bebes de esa manera?

LORNA (señalándose el pecho). — Aquí... tengo un nudo, y bebo para disolverlo. ¿Te molesta?

MOODY. — No me molesta... mientras no perjudiques tu salud.

LORNA. — ¡Oh Cristo, tú y tus charlas sobre la salud!

MOODY. — ¡Estás buscando pelea, muñeca!

LORNA. — ¿Y tú la aceptas?

MOODY (con una sonrisa). — No, me siento demasiado bien.

LORNA (sentándose, fatigada). — ¿Quién te legó una fortuna?

MOODY. — Mejor aun. Mónica vio la luz. La verdad es que ha empezado a andar con un cervecero retirado y ahora ella quiere el divorcio.

LORNA. — Espléndido, ahora ella puede comenzar a pagarte a ti.

MOODY. — Irá a Reno dentro de un par de meses.

LORNA (malhumorada). — Me siento como una ramera...

MOODY. — Eso es lo que te estoy diciendo... ¡Dentro de unos meses estaremos casados! (Ríe, satisfecho.)

LORNA. — ¿Sigues queriendo casarte conmigo? ¿No soy para ti como un zapato viejo?

MOODY (acercándose a ella). — ¡Te lo juro, eres tan tonta!

LORNA (conmovida por su espíritu juvenil). — Y tú tan dulce...

MOODY. — ¡Y otra noticia...! ¡Hoy firmé con Lombardo! Pelearán dentro de seis semanas, a contar desde hoy.

LORNA. — Magnífico.

MOODY (desilusionado por la reacción indiferente de ella, pero continuando). — No sé qué resultado tendrá esa pelea. Pero mi preocupación ahora es la siguiente: ayúdame a enderezar a ese muchacho. ¿Le hablaste ayer sobre el asunto del auto?

LORNA. — No lo vi...

MOODY. — Es muy importante. Un triunfo sobre Lombardo lo arregla todo. En el otoño golpeamos a la puerta de Kid Chocolate y lo desnucamos. Después de eso... no me gusta exagerar, ¡pero ese muchacho es dinamita! Y tú y yo... Lorna, nenita, se terminaron nuestros problemas. (Dichoso.) ¿Y qué me dices?

LORNA (evasiva). — Pintas hermosos cuadros. (Se oye un golpe en la puerta.)

MOODY. — Adelante. (Entra SIEGIE, con el uniforme de conductor de taxi.)

SIEGIE. — Hola, Miss Moon.

LORNA. — Hola. Ya conoce a Mr. Moody.

SIEGIE (a MOODY). — Hola.

MOODY. — ¿Qué podemos hacer por usted?

SIEGIE. — Por mí no puede hacer nada. Estoy enojado. Estoy aquí contrariando mis instintos. (Saca del bolsillo un rollo de dinero y lo arroja contra el escritorio.) ¡No lo quiere... ni un centavo! Mi suegro no lo quiere. Lo envió Joe... Doscientos dólares... Lo suficiente para asfixiar a un caballo... ¡Pero él no lo quiere!

MOODY. — ¿Por qué?

LORNA. — Está bien que se acuerde de su familia.

SIEGIE. — Escuche, tengo un suegro al que nada le gusta. Sólo alimentar a su caballo y reírse y cortar tajadas de salame filosófico sobre la mesa. Está enojado porque Joe no va a casa casi nunca. Y ya que estamos en eso, ¿no va a ir más a dormir? El viejo está preocupado.

- MOODY. — Eso no es cosa mía.
- SIGGIE. — No entiendo por qué se preocupa tanto. Un muchacho que gana dinero... ¿a qué preocuparse? Ahora tiene suficiente ropa para dejar tres trajes en el ropero de casa. *(Se vuelve hacia LORNA.)* No le haría ningún daño si me mandara de vez en cuando algún billete de entrada a una pelea... Dígale que yo se lo dije.
- LORNA. — ¿Cómo está su esposa?
- SIGGIE. — ¿La duquesa? Sigue riéndose.
- LORNA. — ¿Cuándo se comprará ese taxi?
- SIGGIE. — Hágame un favor, Miss Moon. Dígale que a mí me vendría bien ese dinero para la primera cuota.
- LORNA. — Se lo diré. Dígale a Mr. Bonaparte que ayer por la noche vi a Joe. Está bien.
- MOODY. — Me ocuparé de que reciba algunas entradas.
- SIGGIE. — Gracias. Gracias a los dos. Adiós. *(Sale.)*
- LORNA. — Él y la esposa se quieren con locura. Casados... Se empujan, pero son como torcaces. El matrimonio es algo especial... Creo que hay que merecerlo.
- MOODY. — Me parecía que ayer no habías visto a Joe.
- LORNA. — No lo vi, ¿pero para qué preocupar al padre?
- MOODY. — Al cuerno con el padre.
- LORNA. — ¡Al cuerno contigo!
- MOODY *(después de una pausa meditativa)*. — Te diré una cosa. Lorna. No me gusta la forma en que te mira Joe.
- LORNA. — ¿Cómo me mira?
- MOODY. — Como si viese toda la isla de Manhattan en tu cara, y no me gusta.
- LORNA. — Es demasiado tarde para eso.
- MOODY. — ¿Demasiado tarde para qué?
- LORNA. — Para gritarme.
- MOODY. — ¿Quién te grita?
- LORNA. — Estabas a punto de hacerlo. O de prevenirme. No necesito advertencias. *(Alejándose de la discusión.)* Si conocieras al padre de Joe te gustaría.
- MOODY. — Lo conozco.
- LORNA. — Si lo conocieras de veras te gustaría.
- MOODY. — ¿Para qué necesito que me guste? ¿Para qué me hace falta? ¡No me gusta y no me gusta su hijo! Es un negocio: Joe hace su trabajo, yo el mío. ¡Como este teléfono! ¡Lo pago y lo uso!
- LORNA. — Es un ser humano...
- MOODY. — ¿Por qué discutimos?

- LORNA. — Discutimos por el amor. Estoy tratando de decirte cuán cínica soy. Di la verdad, el amor no dura...
- MOODY *(de pronto sereno y serio)*. — Todo lo que dije sobre Joe... no tiene nada que ver contigo. Al contrario. El amor dura... si uno quiere... Y yo quiero que dure. ¿Para qué es toda esta lucha por ganarme la vida, si no para una mujer y un hogar? No me engaño. Sé lo que necesito. Te necesito a ti, Lorna.
- LORNA. — Eso tiene que terminar...
- MOODY. — ¿Qué tiene que terminar?
- LORNA. — Todo.
- MOODY. — ¿De qué estás hablando?
- LORNA. — Tendría que avergonzarme. Te dejo...
- MOODY *(con una sonrisa enfermiza)*. — Eso es lo que tú crees.
- LORNA *(sin mirarlo)*. — Lo digo en serio.
- MOODY *(como antes)*. — Yo también.
- LORNA *(después de mirarlo un instante)*. — ¿No sabes entender una broma?
- MOODY *(sin saber en qué posición se encuentra)*. — Depende... No me gusta una broma que me hace bajar la sangre a los pies.
- LORNA *(se le acerca y le echa los brazos al cuello)*. — Es cierto, estás pálido.
- MOODY. — ¿Quién es el hombre?
- LORNA *(acongojada, incapaz de decirle la verdad)*. — No hay ningún hombre, Tom... Y aunque lo hubiera no te abandonaría. *(Lo mira, incapaz de seguir hablando.)*
- MOODY *(luego de una pausa)*. — ¿Qué te parece si vamos a almorzar? Pago yo...
- LORNA *(agobiada)*. — ¿Dónde quieres que me meta la comida, Tom?
- MOODY *(impulsivo)*. — ¡En el sombrero! *(Y de pronto la abraza con rudeza y la besa rotundamente, y ella se lo permite. JOE entra en la oficina, seguido de EDDIE FUSELI. LORNA y MOODY se separan.)*
- JOE. — La primera vez que entré aquí hacían lo mismo. Esto es un largo dúo.
- MOODY. — Hola.
- EDDIE *(sardónico)*. — Hola, socio... *(LORNA guarda silencio y elude las miradas de JOE.)*
- JOE. — ¿Qué hay de esa pelea con Lombardo?
- MOODY. — Dentro de seis semanas.
- JOE. — Se llevará una sorpresa.
- MOODY *(frío)*. — Nadie lo duda.
- JOE *(cortante)*. — ¡No dije que nadie lo dudará!

MOODY. — Caramba, hoy todos están nerviosos. Primero el ascensorista... después Lorna... ¡Y ahora tú! ¿Por qué estás enojado tú?

LORNA (*tratando de desviar la conversación. A JOE*). — Siggie vino a verte. Tu padre está preocupado...

JOE. — No tanto como mi "administrador" me preocupa a mí.

MOODY. — No necesito que me digas cómo tengo que dirigir mi negocio. Contrataré las peleas...

JOE. — No es eso lo que me preocupa.

MOODY. — ¡Pero tú y tu velocidad en ese auto me inquietan a mí! Primero la música... después los motores. ¡Cristo, después vendrán las mujeres y la bebida!

JOE. — Las mujeres ya han venido.

LORNA. — Joe...

JOE (*con amargura*). — ¡Pero sí! ¡Por docenas!

EDDIE. — Ja, ja... Eso sí que es bueno. No me pregunten qué es peor... si las mujeres o las arañas.

LORNA. — Siggie dejó este dinero... tu padre no lo acepta. Siggie dice por qué no le compras un taxi... (*JOE toma el dinero.*)

EDDIE. — ¿Tu pariente? Yo le compré un taxi. (*A MOODY.*) ¿Qué hay de una serie de peleas para Bonaparte durante el verano?

MOODY (*con amargura*). — Pero es lo único que quiere... peleas de práctica... para convertirse en un mejor "artista".

EDDIE. — Eso es lo que queremos (*JOE mira a LORNA.*)

MOODY. — ¿"Queremos"? ¿Y yo dónde intervengo?

EDDIE. — Tú oprimes los botones, los botones *correctos*. Quiero ver a Bonaparte con la corona.

MOODY (*sarcástico*). — ¡Tu preocupación me conmueve hasta el fondo del alma!

EDDIE. — ¿Qué sucede, Tom? ¿Te están cansando?

MOODY (*fríamente*). — Me canso. ¿Tú no?

EDDIE. — No te canses, Tom... Y menos en un momento crucial.

MOODY. — Haz que deje ese Dusenberg.

EDDIE (*después de mirar a JOE*). — Ésa es la diversión de él...

MOODY. — Una diversión que puede costarte tu corona.

JOE (*de pronto, a LORNA*). — ¿Por qué lo besaste?

MOODY (*a JOE*). — Es tiempo de que cierres la boca y te metas en tus malditos asuntos. Y además, de que obedezcas algunas órdenes.

JOE (*repentinamente salvaje*). — ¿Quién eres, Dios?

MOODY. — ¡Sí! ¡Soy el que te ha forjado, bizco, rata de albañal!

¡Te hice de aserrín y salivazos! Soy tu dueño... ¡Sin mí no existes! Tu insolencia es espléndida, ¡pero aquí terminamos!

¡Soy un idiota! ¿Por qué te muestras superior?

EDDIE. — No hables tan rápido, Tom. No sabes...

MOODY. — ¡Hace seis meses no hubiera aceptado todo esto ni del propio presidente! ¡Pueden cortarme en pedacitos... pero no acepto!

EDDIE (*sereno*). — Podrías resultar cortado en pedacitos.

MOODY (*alejándose, disgustado*). — ¡Bah!

EDDIE. — ¿Me oyes?

MOODY (*desde su escritorio*). — ¿Quieres administrarlo, tú? ¡Ahi lo tienes... hazlo! Te vendo mi mitad por lo que valga. ¿Quieres comprar?

EDDIE. — Eres un hombre gracioso.

MOODY. — Dame veinte mil y te lo dejo. Diez, acepto diez. Tengo a mi chica. No necesito coronas ni joyas. Me sentaré con mi chica junto al río, y eso es todo.

JOE. — ¿Qué chica?

MOODY. — ¡Contigo no nos hablamos! (*A EDDIE.*) ¿Y?

EDDIE. — Sería gracioso que te rompieran los brazos.

JOE. — ¡Un momento! Lorna me ama y yo a ella.

MOODY (*después de mirar a JOE y LORNA una y otra vez*). — ¡Loco como una cabra! (*Ríe.*)

JOE (*con frialdad*). — ¿Es tan imposible?

MOODY. — Casi tan imposible como que el infierno se hiele. (*Él y JOE se vuelven simultáneamente hacia LORNA.*)

JOE. — Díselo...

LORNA (*mirando a JOE a la cara*). — Amo a Tom. ¿Qué quieres que le diga? (*JOE la mira atentamente. Silencio. JOE se vuelve y sale de la oficina. MOODY menea la cabeza con una sonrisa.*)

MOODY. — Eddie, retiro todo lo que dije. Fui un tonto en enojarme... ¡Ese Joe es un verdadero chiflado! (*Tiende la mano. EDDIE la mira y le propina un fuerte golpe.*)

EDDIE (*reprimiendo un temblor en la voz*). — No quiero que nadie se ría de ese muchacho. ¿A un hombre así lo llama rata? ¿A un muchacho educado? ¿A qué viene eso de llamarlo bizco? Cuando lo haces ante mí me digo: "Tom no se tiene mucho aprecio"... Porque Bonaparte es un buen amigo mío... Eres un buen administrador para él... ése es el único motivo de que tolere tus inmundicias. Haz tu trabajo, Tom. (*A LORNA.*) ¡Y eso va para ti también! ¡Nada de triquiñuelas, Miss Moon! (*Sale lentamente. MOODY se queda pensativo. LORNA se dirige al sofá.*)

MOODY. — ¡Soy un idiota!

LORNA. — Siento como si me hubiesen disparado desde un cañón.

MOODY. — ¿Por qué?

LORNA. — Le tengo lástima.

MOODY. — ¿Por qué? ¿Porque es un invertido?

LORNA. — No hablo de Fuseli. *(De pronto se le llenan los ojos de lágrimas. MOODY le toma la mano, intuyendo a medias la verdad.)*

MOODY. — ¿Qué sucede, Lorna? Puedes decírmelo...

LORNA. — Me siento como la cólera divina.

MOODY. — Quieres a ese muchacho, ¿no es cierto?

LORNA. — Lo amo, Tom.

#### APAGÓN LENTO

#### ESCENA CUARTA

*(Seis semanas más tarde. Un vestuario antes de la pelea con Lombardo. En la habitación hay un par de mesas de masajes, armarios y unos ganchos para colgar ropa. Una puerta, a la izquierda, comunica con las duchas; otra, a la derecha, da al salón donde se encuentra el cuadrilátero. Cuando se encienden las luces MR. BONAPARTE y SIGGIE están sentados a un costado, en un largo banco de madera. TOKIO se encuentra atareado ante un armario. Un pugilista, PEPPER WHITE, con las manos ya vendadas, es masajado por su adiestrador-administrador, MICKEY. Durante toda la escena se escucha el rugido de LA MUCHEDUMBRE y el sonido de la campana.)*

MR. BONAPARTE *(después de escuchar intensamente)*. — ¿Qué es ese ruido?

SIGGIE. — Es el rugido de la muchedumbre.

MR. BONAPARTE. — ¿Mil personas?

SIGGIE. — Seis mil.

PEPPER WHITE *(acostado boca abajo, vuelve la cabeza)*. — Nueve mil.

SIGGIE. — Así es, nueve mil. Estás sentado bajo nueve mil personas. ¿Y si se te cayeran encima? ¿Pensaste alguna vez en eso? *(Se abre la puerta de afuera; entra EDDIE FUSELI. Suena*

*la campana a lo lejos. EDDIE se vuelve con suspicacia y luego pregunta a TOKIO.)*

EDDIE. — ¿Dónde está Bonaparte?

TOKIO. — Todavía con los periodistas.

EDDIE *(desagradablemente sorprendido)*. — ¿Que está con quién?

TOKIO. — Tom lo llevó arriba... unos cronistas de deportes.

EDDIE. — ¿Media hora antes de una pelea? ¿Que quiere hacer Moody?

TOKIO. — Tom manda.

EDDIE. — Mira, Tokio... ¡En el futuro las órdenes las daré yo! *(Señalando a SIGGIE y MR. BONAPARTE.)* ¿Quiénes son éstos?

TOKIO. — Parientes de Joe.

EDDIE *(acercándose a ellos)*. — ¿Éste es el padre?

MR. BONAPARTE *(sombrio)*. — Sí, éste es el padre.

SIGGIE. — Y este es el cuñado. Joe mandó entradas a casa. Acabamos de llegar. Creímos que era en Coney Island... Suerte que yo miré las entradas. ¡Créalo o no, el viejo jamás ha presenciado una pelea! ¿Es humano eso?

EDDIE *(con frialdad)*. — ¡Cierra la boca un minuto! Éste es El Estadio... Esta noche Bonaparte pelea con un buen boxeador...

SIGGIE. — ¡Ah, ese Lombardo es una bolsa de papas!

EDDIE. — Cuando Bonaparte entre allá quiero que tenga una sola cosa en la cabeza: ¡la pelea! Espero que me entiendan. ¡Y no quiero encontrarlos aquí cuando vuelva! Espero que también entiendan eso... *(Después de mirarlos un instante, EDDIE sale graciosamente.)*

SIGGIE. — ¡Una personalidad positiva!

TOKIO. — Es Eddie Fuseli.

SIGGIE. — ¡Mamma mia! ¡No me extraña que tenga olor a pólvora! *(Volviéndose hacia MR. BONAPARTE.)* Papá, es una paradoja de la conducta humana: ¡te mata por una moneda...! ¡y luego te envía flores que cuestan cincuenta dólares!

TOKIO *(refiriéndose a la campana distante)*. — Es la pelea siguiente.

SIGGIE *(a MR. BONAPARTE)*. — Vamos, no nos perdamos todo el espectáculo.

MR. BONAPARTE. — Yo espero a Joe.

SIGGIE. — ¿No oíste lo que dijo Fuseli?...

MR. BONAPARTE *(con sombrío empecinamiento)*. — Esperaré...

SIGGIE. — Escucha, papá, tú...

MR. BONAPARTE *(con súbita energía)*. — ¡Dije que esperaré!

SIGGIE *(entregándole el billete)*. — Tu entrada. *(Se encoge de hom-*

bros.) ¡Adiós! (*Sale airoosamente. MR. BONAPARTE contempla en silencio a TOKIO, que trabaja con los materiales del pugilista. Entra UN SEGUNDO, deja un cubo bajo la mesa sobre la cual está inclinado TOKIO y vuelve a salir. PEPPER WHITE, vuelta la cabeza, mira a MR. BONAPARTE mientras canturrea una canción.*)

PEPPER:

Oh, Sweet Dardanella, I love your harem eyes,

Oh, Sweet Dardanella, I'm a lucky fellow to get such a prize.  
(*A MR. BONAPARTE.*) ¿De modo que usted es el viejo de Bonaparte, hermano? ¿Por qué no me lo dijo antes? Venga aquí y déme la mano. (*MR. BONAPARTE lo hace así.*) Dígale a Bonaparte que me gustaría pelear con él.

MR. BONAPARTE. — ¿Por qué?

PEPPER. — Me gustaría darle una paliza.

MR. BONAPARTE (*ingenuo, no divertido.*) — ¿Por qué? ¿No lo estima?

PEPPER. — ¡No bromee, hermano! (*Entra UN AYUDANTE.*)

AYUDANTE. — ¡Pepper White! ¡Preparado, Pepper White! (*Sale.*)

PEPPER (*a MR. BONAPARTE.*) — Cuando vuelva le explicaré todos los detalles. (*Entra UN SEGUNDO, toma un cubo de manos de MICKEY y sale. Entra LORNA.*)

PEPPER (*indignado.*) — ¿Quién les dijo a las mujeres que podían entrar aquí?

LORNA. — ¿Avergonzado? Cierre los ojos. ¿Está Moody...? (*De pronto ve a MR. BONAPARTE.*) ¡Hola, Mr. Bonaparte!

MR. BONAPARTE (*contento de ver un rostro conocido.*) — ¡Hola, hola, Miss Moon! ¿Cómo le va?

LORNA. — ¿Qué lo trae por estos lugares?

MR. BONAPARTE (*sombrío.*) — Vine a ver a Joe...

LORNA. — ¿Por qué, qué sucede?

MR. BONAPARTE (*con un lento encogimiento de hombros.*) — Él no viene a verme...

LORNA. — ¿Sabe que usted está aquí?

MR. BONAPARTE. — No. (*LORNA lo mira con simpatía.*)

LORNA (*por último.*) — Es un circo de tres pistas, ¿verdad?

MR. BONAPARTE. — ¿A qué se refiere?

LORNA. — Oh, me refiero a usted... y a él... y a otras personas...

MR. BONAPARTE. — Voy a ver cómo pelea.

LORNA. — Le debo un informe. Ojalá tuviese buenas noticias para usted, pero no las tengo.

MR. BONAPARTE. — Sí, ya sé... Adentro tiene un lobo salvaje... ¡Lo está devorando!

LORNA. — Se podría construir una ciudad con la ambición que tiene de ser alguien.

MR. BONAPARTE (*triste, meneando la cabeza.*) — ¡No... se la podría incendiar! (*Se abre la puerta exterior... Suena a lo lejos la campana. Entra JOE, seguido de MOODY y ROXY. JOE se detiene en seco cuando ve a LORNA y a su padre juntos: las últimas dos personas del mundo que querría ver en ese momento. Tiene las manos ya vendadas y lleva una bata echada sobre los hombros.*)

JOE. — Hola, papá...

MR. BONAPARTE. — Hola, Joe...

JOE (*volviéndose hacia TOKIO.*) — Sacas a las mujeres de aquí... ¡Éste no es un dormitorio de hotel!

MOODY. — ¡Ésa no es forma de hablar!

JOE (*fríamente.*) — ¡Hablo como quiero!

MOODY (*colérico.*) — La futura Mrs. Moody...

JOE. — ¡No la quiero ver aquí!

LORNA. — Tiene razón, Tom. ¿Para qué reñir por eso? (*Sale.*)

JOE (*a MOODY.*) — Además, no quiero ver a los periodistas antes de una pelea; me pone nervioso.

ROXY (*con suavidad.*) — Son muy importantes, Joe...

JOE. — ¡Yo soy importante! Tengo que tener la cabeza tranquila antes de una pelea. Necesito pensar antes de ir allá. ¿Todavía no lo sabes?

ROXY (*repentinamente.*) — Sí, lo sabemos... eres un estudioso... tienes que repasar tus anotaciones.

JOE. — ¿Qué tiene eso de gracioso? ¡¡Así es, así es!!

ROXY (*retrocediendo.*) — ¿No lo dije yo? (*Se adelanta PEPPER WHITE, a punto de salir. A MOODY.*)

PEPPER. — ¿Qué me dices de una pelea con Napoleón?

MOODY. — ¡Sigue tu camino, piojo!

PEPPER (*con una sonrisa.*) — ¿Te gustan las peleas arregladas de antemano? (*JOE se vuelve de repente y se lanza sobre PEPPER. TOKIO se interpone rápidamente entre ambos jóvenes.*)

TOKIO. — ¡Guárdate eso para cuando subas al cuadrilátero! (*Los dos boxeadores se miran con cólera. JOE se vuelve lentamente y va hacia la mesa.*)

PEPPER. — ¿Creen que él será el campeón? ¿Dónde oyeron hablar de un campeón bizco? (*JOE gira sobre sí mismo, cruza corriendo la habitación... ¡y PEPPER está de pronto en el suelo! MICKEY se lanza ahora sobre JOE. PEPPER se levanta y se en-*

*cuentra ocupado con MOODY. Durante un momento la riña es general. Entra EDDIE FUSELL. Todos lo ven. La lucha se interrumpe mágicamente en un segundo.)*

EDDIE. — ¿Qué sucede? ¿Están jugando a los indios y a los vaqueros? (*A PEPPER.*) ¡Mueca! (*MICKEY y PEPPER salen, hoscos.*) (*A MOODY.*) ¡A ti te buscaba! ¡Lindo administrador! ¡Tú y tu gordo amigo! (*Se refiere a ROXY.*) ¿Se han creído que este muchacho es un juguete?

JOE. — Eddie es el único que me entiende.

MOODY. — ¡Quién cuernos necesita entenderte! Tengo un solo deseo: ¡que Lombardo te deje molido! ¡Cuanto antes te destruya esta noche, tanto mejor! ¡Hay que bajarte un poco los humos! ¡Estoy contra ti! ¡Completamente en contra!

EDDIE (*tranquilo, a MOODY*). — ¡Moody, tienes el cerebro en los pies! ¿Así es como diriges a un campeón, poniéndolo nervioso antes de una pelea? ¡Vete a tomar un poco de aire! (*Viendo la helada peligrosidad de EDDIE, MOODY se traga su furia y sale. ROXY lo sigue con los labios fruncidos.*) Acuéstate, Joe... Tómatelo con calma. (*JOE se sienta en una mesa.*) ¿Quién te ha ofendido, Joe? ¿Alguien te hirió?

JOE. — Todo va bien.

EDDIE. — Tokio, aposté en tu nombre cincuenta dólares a favor de Bonaparte. Es mi forma de expresarte mi aprecio...

TOKIO. — Gracias.

EDDIE (*refiriéndose a MR. BONAPARTE*). — ¿Qué quieres que haga con él?

JOE. — Déjalo aquí.

EDDIE. — Dime si necesitas algo...

JOE. — Nada...

EDDIE. — Olvídate de esa Miss Moon. Deja de mirarle el vestido. ¡Sube allá y mata a Lombardo! ¡Mándalo al cementerio! ¡Arráncale la cabeza... como sé que Bonaparte puede hacerlo! (*Lanza una penetrante mirada a MR. BONAPARTE y sale. Se produce un silencio, intensificado por el distante sonido de la campana y el rugido ahogado de LA MUCHEDUMBRE. TOKIO mira a MR. BONAPARTE, que durante todo ese tiempo ha seguido sentado en silencio.*)

JOE (*sin saber qué decir*). — ¿Cómo está Anna, papá?

MR. BONAPARTE. — Muy bien.

JOE. — ¿Siggie está viendo las peleas?

MR. BONAPARTE. — Sí...

JOE. — Tienes buen aspecto...

MR. BONAPARTE. — Sí, me siento bien...

JOE. — ¿Por qué devolviste el dinero? (*No obtiene respuesta.*)  
¿Para qué viniste?... Estás sentado ahí como si fueras mi conciencia...

MR. BONAPARTE. — ¿Por qué dices eso?

JOE. — ¡Papá, tengo que pelear, no importa lo que digas o pienses! ¡Ésa es mi profesión! Quiero fama y fortuna, ¡y no ser distinto o artístico! No tengo la intención de avergonzarme de mi vida!

MR. BONAPARTE (*se pone de pie*). — Sí, te entiendo...

JOE. — Ve a ver las peleas.

MR. BONAPARTE (*sombrío*). — Sí, tú peleas. Ahora lo sé... es demasiado tarde para la música. Los hombres tienen que ser libres y felices para la música... no como tú. Ahora veo lo que eres... Te tengo lástima... (*Silencio. El distante rugido de LA MUCHEDUMBRE va en aumento y luego descende; la campana vuelve a sonar.*)

TOKIO (*con suavidad*). — Tendré que pedirle que salga, Mr. Bonaparte...

MR. BONAPARTE (*conteniendo las lágrimas*). — Joe... espero que ganes todas las peleas. (*Sale lentamente. Cuando abre y cierra la puerta, el rugido de LA MUCHEDUMBRE se eleva por un instante.*)

TOKIO. — Acuéstate, Joe. Quedan sólo cinco minutos para prepararte.

JOE (*en voz baja*). — Eso es... prepárame... (*Se tiende boca abajo y TOKIO comienza a masajearle las piernas.*)

TOKIO (*trabajando con firme energía*). — Jamás me preocupé menos por un boxeador... en toda mi vida. Eres un buen muchacho. (*De pronto JOE rompe a llorar sobre los brazos. TOKIO lo mira, vacila momentáneamente en su trabajo... y luego continúa los lentos masajes. JOE sigue sacudiéndose en silenciosos sollozos. La campana resuena una vez más a lo lejos.*) (*Con suave voz acariciadora.*) Estás mejorando, hijo. Quizá nunca te lo dije. Lo he visto suceder otras veces. (*Continúa los masajes.*) Parece como si sucediera de repente... el boxeador se supera, es liviano y gracioso. Aprende a ahorrar fuerzas... no derrocha energía... se desliza... acompaña el golpe con todo el cuerpo... Te juro, me gusta la forma en que estás mejorando. (*Sigue los masajes. JOE guarda silencio. Sus sollozos se interrumpen. Al cabo de un rato TOKIO continúa hablando.*) ¿Qué decías sobre la treta de Lombardo? Me pareció que decías que es un blanco perfecto para un golpe directo desde adentro. Creo que tienes razón, Joe, pero ese tipo de boxeador suele

a veces apretarte en un cuerpo a cuerpo y golpearte la barbilla con la cabeza. Ten cuidado.

JOE. — Necesita un golpe directo... *(Se sienta de pronto en la mesa, con las piernas colgantes.)* Ahora estoy solo... Están todos contra mí... Moody, la muchacha. ¡Tú eres mi familia ahora, Tokio... tú y Eddie! Ya verán... ¡Nadie se pone en mi camino! Mi padre me dirigió durante años. Eso terminó. ¡Y ella también terminó... tuvo su oportunidad! Cuando una bala silba en el aire, no tiene pasado... sólo futuro. ¡Como yo! ¡Nadie, nada se interpone en mi camino! *(En un repentino estallido de sentimiento, JOE finge ligeramente, en una exhibición de boxeo con la sombra. TOKIO sonríe con satisfacción. El rugido de LA MUCHEDUMBRE llega a convertirse en un alarido frenético y se mantiene así. La campana suena con rapidez, varias veces. El rugido de LA MUCHEDUMBRE vuelve a apagarse.)*

TOKIO. — Parece que lo han tumbado. *(JOE se envuelve en la bata y se pasea en puntas de pies.)*

JOE. — ¡Hoy soy un hombre nuevo! ¡Podría hacer frente a dos Lombardos! *(Agita vigorosamente las manos vendadas por sobre la cabeza.)* ¡Aleluya! ¡Hoy viajamos en el Expreso de los Millonarios! ¡Nadie puede vencerme! *(Se abre la puerta y UN AYUDANTE grita.)*

AYUDANTE. — Bonaparte, preparado. Bonaparte, preparado. *(Entran PEPPER WHITE y MICKEY en el momento en que el AYUDANTE sale corriendo. PEPPER WHITE está jubiloso por su victoria.)*

PEPPER *(a JOE)*. — ¡Avisame cuando quieras recibirla; te la daré igual que a Pulaski! *(JOE mira a PEPPER a la cara, flexiona las manos varias veces y de pronto rompe a reír, para asombro de PEPPER. JOE y TOKIO Salen. PEPPER se quita la bata y exhibe el torso.)*

PEPPER. — Revísame. Ni una marca. ¡Eso es clase! Tengo prisa por tomar un taxi.

MICKEY *(impasible)*. — No te acerques a ella.

PEPPER. — Ni siquiera te oigo.

MICKEY. — ¡No te acerques a ella!

PEPPER. — Es una flor y yo la abeja.

MICKEY *(con voz monótona y profética)*. — La flor está casada. El esposo es un armenio excitable. ¡Habrá líos! ¡No te acerques a ella! *(Se escucha a lo lejos, con poca claridad, la voz del anunciador.)*

PEPPER. — Tendrías que conseguirme una pelea con ese Napoleón

bizco... ¡en lugar de meter las narices donde no te importa! Podría hacerlo puré muy fácilmente.

MICKEY *(impasible)*. — Si pudieras alcanzar el peso de él y hacerlo puré, serías el próximo campeón mundial. Pero no puedes alcanzar su peso, no puedes hacerlo puré y no puedes ser el campeón. ¿Por qué diablos no te das una ducha? *(Suena la campana. Ha comenzado la pelea de JOE.)*

PEPPER *(quejumbroso, empezando a vestirse ante su armario)*. — Si mi chica no me quiere sin una ducha, le diré un par de cosas.

MICKEY. — Si no te las dice primero el esposo. *(El rugido de LA MUCHEDUMBRE aumenta cuando se abre la puerta y entra MR. BONAPARTE. Es presa de una agitación desacostumbrada. Mira a PEPPER y a MICKEY, y se sienta en un banco. El rugido de LA MUCHEDUMBRE se hace más intenso que antes, y luego desciende.)*

PEPPER *(a MR. BONAPARTE)*. — ¿Qué le pasa?

MR. BONAPARTE *(meneando la cabeza)*. — No quiero mirar...

PEPPER *(encantado)*. — ¿Qué, se la están dando a su hijito?

MR. BONAPARTE. — Pelean por dinero, ¿no?

MICKEY. — No, luchan por una noble causa...

MR. BONAPARTE. — Si peleasen por culpa de una mujer, eso no sería tan malo.

PEPPER *(sigue vistiéndose detrás de la puerta del armario)*. — Yo peleo por dinero, y me gusta. No combato por menos de mil dólares. ¿No es cierto, Mickey?

MICKEY. — Es cierto.

PEPPER *(ingenuamente jactancioso)*. — Esta noche recibo mil dólares, ¿no?

MICKEY. — No.

PEPPER *(furioso)*. — ¿Cuánto? ¿Cuánto gané esta noche?

MICKEY. — Mil doscientos.

PEPPER. — ¿Cómo? Mickey, tendría que darte una en la nariz. ¿Cuántas veces tengo que decirte que no peleo por menos de mil dólares? *(A MR. BONAPARTE.)* ¡Ya ve lo que tengo que aguantar con mi administrador!

MICKEY *(impasible)*. — Está bien, te daré mil.

PEPPER. — ¡Mejor que sea así, amigo! Eso es lo único que te digo: ¡mejor que sea así! *(A MR. BONAPARTE.)* Le dije a él que quiero pelear con su hijo, y no mueve un dedo. *(El rugido de LA MUCHEDUMBRE aumenta y vuelve a descender.)*

MICKEY. — No puedes pelear con Bonaparte. *(A MR. BONAPARTE, refiriéndose a PEPPER.)* ¡Es un viejo, un fósil!

- MR. BONAPARTE. — ¿Quién?
- MICKEY. — Él... Tiene veintinueve años.
- MR. BONAPARTE. — ¿Viejo?
- MICKEY. — En este negocio, a los veintinueve años se es un anciano.
- PEPPER. — Mi chica no piensa lo mismo.
- MICKEY. — No te acerques a ella. (*El rugido de LA MUCHEDUMBRE se convierte en un aullido demoníaco.*)
- PEPPER. — ¡Cómo está cobrando su hijo!
- MR. BONAPARTE. — Mi hijo ganará.
- PEPPER. — Sí, ¿y usted se escapó por eso?
- MR. BONAPARTE. — ¿Qué importa quién gane? ¡Es terrible verlo!
- PEPPER (*sonriendo*). — Si no se me hiciera tarde, me quedaría para ayudarle a levantar del suelo la cabeza del lindo Joe. (*Se pone una camisa de deporte.*)
- MICKEY (*a PEPPER*). — ¿Por qué te pones una camisa de polo en una noche de invierno?
- PEPPER. — ¡Por favor, acabo de comprarla...! Hasta pronto, Mr. Bonaparte.
- MR. BONAPARTE. — Dígame, por favor... ¿Qué pasa con las manos de un muchacho cuando pelea durante mucho tiempo?
- PEPPER (*levantando los puños*). — Mire las mías... Tengo un buen par. ¿Ve los nudillos? ¡Lisos!
- MR. BONAPARTE. — ¿Fracturados?
- PEPPER. — ¡Fracturados no, lisos... hundidos!
- MR. BONAPARTE. — ¿Duele?
- PEPPER. — Uno se acostumbra.
- MR. BONAPARTE. — ¿Puede usarlos?
- PEPPER. — Vaya a ver a Pulaski.
- MR. BONAPARTE. — ¿Puede abrir estas manos?
- PEPPER. — ¿Para qué?
- MR. BONAPARTE (*tocando los puños con suavidad*). — Tan fuertes, tan duros...
- PEPPER. — Usted lo ha dicho, hermano. Hasta luego, hermano. (*A MICKEY.*) Llévame mis cosas.
- MICKEY. — Las llevará Sam después. ¡No te acerques a ella! (*PEPPER mira a MICKEY con una sonrisa sardónica y sale seguido de MICKEY.*)
- MR. BONAPARTE (*para sí*). — Tan fuertes... tan inútiles... (*Crece el rugido de LA MUCHEDUMBRE, que exige un triunfo. MR. BONAPARTE se estremece. Durante un momento permanece sentado*

- inmóvil en el banco. Luego se dirige a la puerta del cuarto de duchas y contempla las prendas de los boxeadores. Mira hacia el salón de espectáculos. Va hacia la puerta de salida. La multitud aplaude y aúlla. MR. BONAPARTE vacila un instante ante la puerta y luego vuelve rápidamente al banco, en el cual se sienta. Con la cabeza inclinada, escucha durante un momento. El rugido de LA MUCHEDUMBRE es acalorado, exigente y odioso. De pronto MR. BONAPARTE se pone de pie de un brinco. Está furiosísimo. Agita el puño hacia el lugar de donde proviene el ruido... grita. El rugido de LA MUCHEDUMBRE grita. Se abre la puerta y entra SAM, el segundo de PEPPER, silbando con suavidad. Comienza a reunir todas las pertenencias de PEPPER.*)
- MR. BONAPARTE. — ¿Qué sucedió en la pelea?
- SAM. — Knock out.
- MR. BONAPARTE. — ¿Quién?
- SAM. — Lombardo quedó en la lona. (*MR. BONAPARTE se sienta con lentitud; SAM sale con las cosas que ha reunido. Se abre la puerta exterior y entran JOE, TOKIO, MOODY y ROXY, este último loco de júbilo. A JOE le brillan los ojos; tiene el rostro duro y enrojecido. Ha ganado por knock out.*)
- ROXY (*casi brincando*). — ¡Mi muchacho! ¡Mi querido muchacho! ¡Mi querido, queridísimo muchacho! (*En silencio, JOE se sienta en el borde de la mesa; después de lanzar una mirada a su padre, hace caso omiso de él. La bata se le desliza de sobre los hombros. ROXY se vuelve hacia MOODY.*)
- ROXY. — ¿Qué te pareció, Tom? ¡Lo volteó en el segundo round!
- MOODY (*rígido, a JOE*). — Sería conveniente llamar a los cronistas de deportes...
- ROXY. — ¡Es claro, dales una declaración! (*MOODY lanza a JOE una mirada rápida y sale.*) Voy a cobrar una apuesta que hice a tu favor. Toda mi fe y mi paciencia han tenido su recompensa. (*Cuando abre la puerta tropieza casi con EDDIE FUSELI.*) ¡Ahá! ¿Qué te pareció, Eddie? ¡Ja, ja! (*Sale. EDDIE FUSELI cierra la puerta y se queda de espaldas a ella. TOKIO se acerca a JOE y comienza a quitarle un guante.*)
- TOKIO (*con dulzura*). — Eres una maravilla... (*Le quita el guante empapado de sudor y empieza a manipular el lazo del otro. JOE aparta con cuidado el guante, para ponerlo fuera del alcance de TOKIO, y lo apoya sobre el otro brazo.*)
- JOE (*casi con orgullo*). — Será mejor que lo cortes... (*MR. BONAPARTE observa, tenso. EDDIE mira desde la puerta.*)



TOKIO. — ¿Fracturada...?

JOE (*extendiendo la mano con orgullo*). — Sí, está fracturada...

TOKIO *toma lentamente un cuchillo. Comienza a cortar el guante con cuidado.*)

JOE. — ¡Aleluya! ¡Es el principio del mundo! (MR. BONAPARTE, *los labios apretados, aparta la cabeza. EDDIE mira con placer y excitación interiores. JOE se ha convertido en un pugilista. TOKIO continúa con su labor. JOE rompe a reír con energía, victoriosa, jubilosamente... con un profundo estremecimiento de satisfacción.*)

APAGÓN LENTO

## TERCER ACTO

### ESCENA PRIMERA

(*La oficina de MOODY, seis meses después. En escena están MOODY, haciendo el papel del vendedor persuasivo con dos cronistas deportivos, DRAKE y LEWIS; ROXY GOTTLIEB tratando de ser útil a su manera; TOKIO, a un costado, típicamente silencioso... y JOE BONAPARTE. JOE está sentado sobre el escritorio, y mueve tímidamente las piernas mientras come un sandwich. Su éxito ha agregado cierta belicosidad a su actitud; ha cambiado su ropa por camisas de seda y trajes de medida.*)

MOODY. — Tiene su propio estilo. No quiere precipitarse...

ROXY. — Nadie afirma que nuestro muchacho sea la catarata del Niágara.

DRAKE (*periodista desde hace veinte años*). — ¡Salvo él mismo!

MOODY. — Ustedes, los periodistas, tienen razón.

DRAKE. — ¡Nosotros, los periodistas, tenemos siempre razón!

MOODY. — Si puede evitarlo, mañana por la noche no correrá riesgos. Estudiará a su hombre, le buscará los defectos... y luego lo destruirá.

JOE (*negligente*). — No tendrá mucha importancia si gano al final de la pelea o casi al comienzo. Para Bonaparte lo principal es vencer.

DRAKE (*seco*). — Bien, ¿y qué piensa hacer Bonaparte mañana por la noche?

JOE (*igualmente seco*). — Ganar.

MOODY. — ¿Por qué no habríamos de ganarle a Kid Chocolate? ¡Estudien nuestros antecedentes!

LEWIS (*bonachón, con lentitud*). — Sólo queremos que ustedes nos den sus impresiones...

MOODY. — ¿Diecisiete triunfos por knock out? ¿Fulton, Lombardo, Guffey Talbot...?

JOE. — Phil Weiner...

MOODY. — ¿Weiner?

ROXY. — ¡Ése no tiene un golpe muy suave!

LEWIS. — En la pelea de mañana por la noche, ¿puede decir en qué round ganará?

JOE. — ¿Qué round le gustaría?

DRAKE. — ¡Usted debe de ser un genio o un idiota!

MOODY. — Joe no quiso decir...

DRAKE (*cortante*). — Que hable él.

JOE (*bajándose del escritorio*). — Escuche Drake, ya no soy el que era... la luna de miel ha terminado. Hoy en día ya no me sonrojo ni tartamudeo. Bonaparte sube al cuadrilátero y pega desde el comienzo, con los mejores que haya. Y además su cerebro es *mejor* que el de los mejores. Ésa es la verdad; ¿por qué negarla?

DRAKE. — ¡La última vez que peleó con Chocolate ni siquiera pudo tocarlo!

JOE. — Han pasado casi dos años desde que "ni siquiera pude tocarlo". ¡Ahora sé cómo hacerlo!

MOODY. — Joe quiere decir que...

DRAKE. — ¡Es la auténtica y modesta maravilla bizca!

JOE. — ¿De qué sirve la modestia? ¡Soy un boxeador! ¡La esencia misma del pugilismo es la inmodestia! "¡Soy mejor que tú... te lo demostraré rompiéndote la cara!" ¿Qué esperan? ¿Conciencia y una sonrisa tímida? ¡No creo en esa pavada de que las manos heredarán la tierra!

DRAKE. — ¡Ah, de modo que quiere toda la tierra!

JOE. — Sé lo que quiero... ¡Eso es cosa mía! ¡Pero no quiero insolencias de usted!

DRAKE. — Tengo dos hijos... me gustan los muchachos jóvenes. ¡Pero maldito sea si puedo aguantar su engreimiento!

MOODY (*tratando de salvar la situación*). — Enfrente sirven unos cocktails de primera...

DRAKE. — ¡Bonaparte, esperaré su Waterloo con algo más que un simple interés!

MOODY. — ¿Por qué no vamos enfrente a beber un trago? ¿Qué les parece?

DRAKE. — Tom, podrías pagarme veinte copas y aun así no cambiaría mi opinión sobre él. (*Sale.*)

LEWIS (*sonriendo*). — Usted es un buen tipo, Bonaparte.

JOE. — Gracias...

LEWIS (*tomando un cigarro del escritorio*). — ¿Qué tal está esa rubia suya, Tom?

MOODY. — Muy bien.

LEWIS. — ¿Qué opina ella sobre la marcha nupcial? ¿Es el domingo? (*Esta es una novedad para JOE, y MOODY lo sabe.*)

MOODY (*nervioso*). — Es feliz, lo mismo que yo. Sí, el domingo.

ROXY. — ¿Qué hay de esas copas? ¡Beberemos a la salud de todo el mundo.

LEWIS (*a JOE*). — Buena suerte mañana.

JOE. — Gracias... (*Salen. MOODY lanza una mirada colérica a JOE. Quedan en escena JOE y TOKIO. JOE vuelve a ocuparse de los restos de su almuerzo.*)

TOKIO. — Ese Drake es un caso.

JOE (*dejando a un lado la comida*). — Ya no hacen el pastel de queso como cuando yo era chico. O quizá ya no me gusta. ¿Cuándo se casan?

TOKIO. — ¿Moody? El domingo.

JOE. — Esos cronistas me odian.

TOKIO. — Los ofendes.

JOE (*contemplándose los puños cerrados*). — Prefiero ofender que ser recibido. Por eso me hice pugilista. ¿Cuándo obtuvo Moody su divorcio?

TOKIO. — Hace unas semanas... (*Prudente.*) ¿Por qué no te olvidas de Lorna?

JOE (*como si no entendiera*). — ¿Qué?

TOKIO. — Te lo repetiré: ¿por qué no te olvidas de ella? (*No recibe respuesta.*) Joe, estás henchido de amor. Busca algo sobre lo cual puedas derramarlo. Tu corazón no está en la pelea... tu odio sí. Pero un hombre con odio y nada más... es un hombre a medias... y un hombre a medias... no es un hombre. Encuentra algo o alguien a quien amar. ¿Te molesta que te lo diga?

JOE (*con frialdad*). — No me sentiría muy desdichado si te metieras en tus asuntos.

TOKIO. — Muy bien... (*Va hacia la puerta, se detiene allí.*) Ten cuidado con tu cena de esta noche. Y nada de mujeres.

JOE. — Me perdonarás si te digo que...

TOKIO (*con una leve sonrisa*). — Está bien. (*Abre la puerta y entra LORNA MOON. TOKIO le sonríe y sale. Ella lleva bajo el brazo varios periódicos. JOE y ella no saben qué decirse... Preferirían no haberse encontrado allí. LORNA va hacia el escritorio y deja los periódicos en él. Abre y cierra las gavetas, buscando las tijeras.*)

JOE. — Entiendo que mañana darás el salto...

LORNA. — El domingo...

JOE. — El domingo. (*Intenso silencio.*)

LORNA (*para decir algo*). — Busco las tijeras...

JOE. — ¿A quién piensas cortar hoy?

LORNA (*ha encontrado las tijeras*). — Noticias sobre Bonaparte, para el libro de recortes. (*Se vuelve y despliega una hoja de periódico, que empieza a recortar. JOE no sabe qué decir.*)

JOE (*al cabo*). — Felicitaciones...

LORNA (*sin volverse*). — Gracias... (*En un repentino impulso irresistible, JOE arranca el periódico de manos de LORNA y lo arroja detrás del escritorio. Los dos se quedan de pie, mirándose.*)

JOE. — ¡Mirame cuando te hablo!

LORNA. — ¿Qué quieres que te diga? (*Están frente a frente, tensos. Luego.*)

JOE. — ¡Puedes casarte con quien se te dé la gana!

LORNA. — ¡Gracias por el permiso!

JOE. — ¡La reina Lorna, vagabunda de Newark!

LORNA. — Hacía meses que no hablabas. ¿Por qué rompiste tu silencio?

JOE. — ¡Para mí eres un personaje histórico... estás muerta y enterrada!

LORNA. — Entonces todo es sencillo: dedícate a tus cosas.

JOE. — Moody es el hombre adecuado para ti... perfecto... ¡La unión de un cero con otro cero!

LORNA. — No lamento casarme con Tom...

JOE (*desdeñoso*). — Eso es del libro de etiqueta, página doce: "¡Cuando te cases con un hombre, di que te gusta!"

LORNA. — Cuando te miro, sé que podría irme mucho peor. ¿Cuándo te miraste al espejo por última vez? ¡Te estás convirtiendo en un asesino! ¡Estás volviéndote como Fuseli! No eres el muchacho que me gustaba. Asesinaste a ese joven de rostro generoso... ¡Y Dios sabe dónde ocultaste el cadáver! No te conozco.

JOE. — En seguida me dirás que nunca te besé en la boca...

LORNA. — ¿Qué quieres de mí? ¿Venganza? ¡Perdón... hoy no nos queda nada de venganza!

JOE. — ¡No te miraría dos veces seguidas si te colgaran desnuda de un árbol de Navidad! (*En ese momento entra EDDIE FUSELI con un par de paquetes. Mira atentamente a LORNA, y luego va hacia el escritorio, en el cual deja los paquetes. ÉL y JOE están vestidos en forma casi idéntica. LORNA sale sin pronunciar una palabra. EDDIE intuye lo que ha sucedido, pero comienza a hablar con indiferencia sobre los paquetes.*)

EDDIE. — Éste es tu nuevo casco protector. Éstas son camisas de Jacobs Hnos. Dicen que el cuello encoge, de modo que te com-

pré un número más grande... te irán bien después de un lavado. (*Levantando una camisa.*) ¿Te gusta este color?

JOE. — Gracias.

EDDIE. — Tu cuñado me trajo en su taxi. Lo encontré en la calle 49.

¿Ya no vas a verlos nunca?

JOE (*cortante*). — ¿Para qué?

EDDIE. — ¿Qué sucede?

JOE. — ¿Por qué? ¿Ves aquí a una cantidad de gente, Eddie?

EDDIE. — No.

JOE. — ¡Así es, no la ves! ¡Pero yo sí! ¡Veo a una multitud de Eddies que me rodean, que me asfixian, que me hunden en diversiones y camisas de seda!

EDDIE (*en el teléfono, discando*). — ¿Quieres ir a ver la revista musical hoy? Tengo entradas. (*En el teléfono.*) ¿Charley? Habla Fuseli... Mañana apuesto cuatro contra cinco a favor de Bonaparte... Hasta cuatro mil... Sí... (*Cuelga.*) La de mañana será una buena pelea.

JOE (*beligerante*). — ¿Cómo lo sabes?

EDDIE. — Conozco a Bonaparte. Tengo apostados dieciocho mil a su favor.

JOE. — ¿Y si Bonaparte pierde?

EDDIE. — He estudiado el asunto desde todos los ángulos... sé que ganará.

JOE. — ¿Qué cuernos te piensas que soy? ¿Una máquina? Quizá me sienta solo, quizá...

EDDIE. — ¿Quieres participar en un desfile? Todos se sienten solos. Pero cuando cobras el dinero ya no estás tan sólo.

JOE. — Quiero un poco de vida personal.

EDDIE. — Yo le doy a Bonaparte una buena vida personal. Le doy lealtad hacia su causa...

JOE. — ¡Me usas como a un revólver! ¡Tu lealtad es para mantenerme aceitado y pulido!

EDDIE. — Hace un año Bonaparte era un mocoso con un traje de dos pantalones. Ahora usa la mejor ropa, come de lo mejor, duerme en las mejores camas. Camina por la calle y lo respetan... ¡El muchacho de oro! Gritan como locos cuando Bonaparte sube al cuadrilátero... ¡Y esto lo hice yo para él!

JOE. — Hay otras cosas...

EDDIE. — ¡No hay otras cosas! ¡No pienses tanto... podrías enfermarte! Estás metido en esto hasta el cuello. Me debes mucho... y no me gustaría que lo olvidaras. Mañana dedícate por entero a la pelea. (*Se vuelve y comienza a discar.*)

JOE. — Tu lealtad me estremece. *(Se dirige hacia la puerta.)*

EDDIE. — Llévate las camisas.

JOE. — ¿Para qué las quiero? Sólo puedo usarlas de a una por vez... *(EDDIE habla en el teléfono.)*

EDDIE. — ¿Meyer?... Habla Fuseli... Apuesto cuatro contra cinco a favor de Bonaparte para la pelea de mañana... ¿Dos?... Sí... *(A punto de salir, JOE se queda en la puerta y contempla a EDDIE, que tranquilamente vuelve a discar.)*

## APAGÓN

## ESCENA SEGUNDA

*(La noche siguiente. Las luces se encienden sobre un escenario desierto. Estamos en el mismo vestuario del Segundo Acto. A lo lejos se escucha el mismo rugido de LA MUCHEDUMBRE. La campana distante resuena amenazadora. La habitación está en penumbras, salpicada por manchones de luz. El silencio tiene un desagradable matiz letal. Entra LORNA MOON. Mira en torno, nerviosa; enciende un cigarrillo; esto le recuerda que tiene que retocarse los labios. Chupa el cigarrillo. La campana vuelve a sonar a lo lejos. Entra EDDIE FUSELI, pálido y tenso. Ve a LORNA y se detiene. Hay un intenso silencio mientras se miran.)*

LORNA. — ¿Cómo va la pelea?

EDDIE. — Querría hablar con usted.

EDDIE. — ¿Joe sigue en pie?

EDDIE. — Váyase un mes al campo, Miss Moon.

LORNA. — ¿Por qué?

EDDIE *(reprimiendo un acceso de furia)*. — Acepte al muchacho... o váyase.

LORNA. — Mañana me caso.

EDDIE. — Ya oyó mi pedido: ¡acéptelo o váyase!

LORNA. — ¿Moody no cuenta en esto?

EDDIE. — Si no fuera por Bonaparte, ya hace rato que la habrían encontrado dentro de una barrica... ¡en el fondo del río o entre la maleza!

LORNA. — No le tengo miedo... *(Suena la campana.)*

EDDIE *(luego de volver la cabeza y escuchar)*. — Es el comienzo del octavo. Bonaparte no está en forma... pelea como un marinero borracho. Ya no puede ganar, a menos de que derribe a Chocolate...

LORNA *(desconcertada)*. — No me mire a mí... porque... yo...

EDDIE. — ¡Váyase de la ciudad! *(EL RUGIDO de LA MUCHEDUMBRE se convierte en una exigencia de knock-out. EDDIE escucha con atención.)* ¡Hoy pelea como un vagabundo... y una vagabunda lo ha dejado así! ¡Usted! *(El rugido se hace más intenso.)* No pude quedarme a ver cómo lo mataban...

LORNA. — Yo tampoco... *(La campana suena con fuerza varias veces. EL RUGIDO de LA MUCHEDUMBRE queda suspendido en el aire.)* ¿Qué sucede ahora?

EDDIE. — Están asesinando a alguien...

LORNA. — A mí...

EDDIE *(en voz baja, intenso)*. — Exacto... Si él pierde... los árboles estarán preparados para tu ataúd. *(EL RUGIDO de LA MUCHEDUMBRE disminuye.)* Ahora puedes irte. No quiero hacer un escándalo alrededor del nombre de él... Ya te encontraré cuando te necesite. No estés aquí cuando lo traigan.

LORNA *(completamente desorientada)*. — ¿Adónde quiere que vaya?

EDDIE *(desencadenando de pronto su ira)*. — ¡Sal de mi vista! ¡Aplastaste al mejor muchacho que jamás haya existido! ¡Lo rechazaste a él, al muchacho de oro, al rey de los pugilistas jóvenes! ¡Te dio la mano... y le escupiste en la cara! ¡Le diste alas! ¡Y después lo traicionaste! ¡Y ahora tienes el descaro de quedarte aquí, esperando para verlo sangrar por la boca...!

LORNA. — ¡Fuseli, por amor de Dios...!

EDDIE. — ¡Sal de mi vista!

LORNA. — Fuseli, por favor...

EDDIE. — ¡Fuera de mi vista, puta de a dos por cinco! *(Totalmente enfurecido y fuera de sí, EDDIE está a punto de sacar la pistola de abajo de la axila izquierda. JOE aparece en la puerta. Detrás de él están ROXY, MOODY y UN SEGUNDO.)*

JOE. — ¡Eddie! *(EDDIE se vuelve. Los otros entran en la habitación. En el silencio que se produce, MOODY, presintiendo lo ocurrido, se dirige hacia LORNA.)*

LORNA *(en voz baja)*. — ¿Qué sucedió?

ROXY. — ¿Qué sucedió? *(Se precipita a levantar el brazo de JOE en símbolo de victoria. El brazo cae, flojo.)* ¡El monarca de las masas!

EDDIE *(a EL SEGUNDO)*. — Que no entre nadie. Sólo los periodistas.

(EL SEGUNDO sale y cierra la puerta. JOE se sienta en una mesa. Está físicamente agotado. Debajo de un ojo tiene una hinchazón amoratada; el otro está cerrado del todo. Ostenta varias manchas rojas en el cuerpo.)

TOKIO (con suavidad). — Un espléndido triunfo, Joe...

ROXY (explicando al frío EDDIE, con lujo de detalles). — El comienzo del octavo: ¡primero la campana! ¡Después el Kid Chocolate sale como un bailarín, confiado! ¡Ah, pero qué confiado! ¡Ja, ja! ¡Y antes de que me dé cuenta de nada, Chocolate está en el suelo, el árbitro nos levanta el brazo, nos ponemos la bata y estamos aquí, en el vestuario! ¿Qué te parece?

EDDIE (seco). — Me parece bien.

TOKIO (quitándole los guantes a JOE). — Dentro de un minuto haré que te sientas mejor. (Corta los vendajes.)

JOE. — Me siento muy bien.

EDDIE (a TOKIO). — Dame sus guantes.

MOODY (temeroso de JOE). — Tienes un feo bulto debajo del ojo.

JOE. — ¡No tan feo como el que recibió Chocolate cuando golpeó el piso!

ROXY. — ¡Querido, cómo se la diste! ¡No se lo deseo ni a mis enemigos!

JOE. — Fue una derecha directa... ¡Sin adornos ni disculpas! Aparte de los golpes bajos que me dio en el segundo y el quinto...

MOODY. — Yo los denuncié...

ROXY. — Yo lo vi al hijo de perra...

JOE. — La segunda vez casi me hace atravesar el piso. ¡En ese golpe final le hice conocer la furia de toda una vida! EDDIE ha tomado para sí los empapados guantes de box. TOKIO cura la magulladura debajo el ojo de JOE.) ¿Y los oíste aplaudir? (Con amargura, como si leyera una noticia periodística.) ¡Mientras millares de personas prorrumpen en vítores, Bonaparte, ese auténtico torbellino, esa verdadera maravilla bizca, Bonaparte, se lanza, en la octava ronda, a pulverizar a Kid Chocolate y a asegurarse la pelea con el campeón! Bueno, ¿qué les parece, muchachos? ¿Soy bueno o no soy bueno?

ROXY. — ¡Puedes creerme!

TOKIO (tratando de tranquilizar a JOE). — Te ganaste el derecho a competir por el título. En una pelea limpia y justa. Ahora acuéstate...

JOE (en un estallido vehemente). — ¡Me gustaría superar mi peso

y derrotar a todo el maldito mundo!

MOODY (con frialdad). — ¡Bueno, ahora el mundo es tuyo!

TOKIO (insistente). — Tranquilízate. Déjame curarte ese ojo, Joe... (Un pequeño irlandés vivaz, DRISCOLL, entra de pronto en la habitación.)

DRISCOLL. — ¿Quién tiene los guantes del feliz ganador?

EDDIE. — Aquí están... ¿por qué? (DRISCOLL toma rápidamente los guantes, los abre y examina.)

TOKIO. — ¿Qué sucede, "Drisc"?

JOE. — ¿Qué pasa?

DRISCOLL (devolviendo los guantes a EDDIE). — Chocolate está muy mal. Tus manos están limpias. (DRISCOLL se dirige vivamente hacia la puerta. JOE lo alcanza.)

JOE. — ¿Qué sucedió?

DRISCOLL (vivaz). — Parece que el Orgullo de Baltimore ha terminado su carrera. Cámbiate de ropa.

JOE. — ¿Qué quiere decir?

DRISCOLL. — Lo que dije. ¡Ha muerto! (DRISCOLL palmea a JOE en el hombro y sale cerrándole la puerta en la cara. JOE se sienta lentamente en el banco más próximo. TOKIO se le acerca en seguida, tierno como una madre.)

TOKIO. — No le diste ningún golpe bajo... eres un luchador limpio. En el cuadrilátero eres tan honesto que resulta estúpido. Si sucedió algo, fue por accidente. (Los otros están atónitos, sin saber qué hacer o decir.)

MOODY (muy preocupado). — Es cierto, no hay por qué preocuparse.

ROXY (igual). — Es cierto...

JOE. — Caramba... (Se pone de pie, cruza la habitación lentamente y se sienta en la mesa, la cabeza entre las manos, de espaldas a los demás. Nadie sabe qué decir o hacer.)

EDDIE (a MOODY). — Ve allá y averigua cómo está la situación. (MOODY, agradecido por la oportunidad de salir de la habitación, se vuelve hacia la puerta, que de pronto es abierta con violencia. BARKER, el administrador de KID CHOCOLATE, empuja a MOODY hacia adentro, dejando la puerta abierta. Afuera hay un grupito de curiosos que tratan de atisbar. BARKER, casi al borde de la locura, toma a MOODY de las solapas del saco.)

BARKER. — ¿Lo sabes? ¿Te enteraste?

MOODY. — Bueno, espera un momento, Barker... (Éste corre hacia

JOE y grita.)

BARKER. — ¡Asesinaste a mi muchacho! ¡Está muerto! ¡Tú lo mataste!

TOKIO (*interponiéndose entre JOE y BARKER*). — ¡Un momento!  
BARKER (*estrujándose literalmente las manos*). — ¡Está muerto!  
¡Chocolate ha muerto!

TOKIO. — Lo lamentamos mucho. Pero serénate. (*EDDIE cruza la habitación y cierra la puerta con violencia mientras BARKER señala a JOE con un dedo acusador y grita.*)

BARKER. — ¡Ese gringo sucio mató a mi muchacho!

EDDIE (*acercándose a BARKER*). — Vuelve a tu vestuario.

BARKER. — ¡¡Sí, lo mató!! (*La respuesta de EDDIE consiste en empujar rudamente hacia la puerta a BARKER, que sigue gritando.*) ¡¡Sí, lo mató!!

EDDIE. — ¡Vete antes de que te arranque los dientes a golpes!

JOE (*poniéndose de pie de un salto*). — ¡Eddie, por lo que más quieras, no le peques! ¡Déjalo en paz! (*EDDIE deja inmediatamente a BARKER. Éste se queda allí, convertido en un idiota lloroso.*)

MOODY. — Siempre puede ocurrir un accidente.

BARKER. — Ya sé... ya sé...

MOODY. — Chocolate nos dio dos golpes bajos.

BARKER. — Ya sé... ya sé... (*BARKER tartamudea, traga saliva y trata de decir algo más. De repente se precipita fuera de la habitación. Se produce una larga pausa, durante la cual JOE vuelve a sentarse.*)

EDDIE. — Tendremos que esperar a que se haga la investigación...

JOE. — Ese pobre tipo... con sus ojitos adormilados...

ROXY (*solemne*). — Una cosa así sucede por designio de Dios.  
LEWIS, *el cronista de deportes, trata de entrar en el vestuario.*)

EDDIE (*empujándolo hacia afuera*). — Quédate afuera. (*A MOODY.*)  
Ve a ver qué sucede. (*MOODY sale en seguida.*) Todos afuera...  
Dejen a Bonaparte en paz, para que pueda calmarse. Yo vigilaré la puerta.

TOKIO. — No te preocupes, Joe.

(*Sale, seguido por ROXY. EDDIE se vuelve y mira a LORNA.*)

EDDIE. — Usted también, Miss Moon... Esto no es un cabaret.

LORNA. — Me quedaré aquí. (*EDDIE le lanza una mirada penetrante; mira a JOE y otra vez a LORNA. Sale.*) Joe...

JOE. — Caramba, ese pobre muchacho...

LORNA (*conteniéndose*). — Pero tú no tuviste la culpa.

JOE. — ¡Es cierto... no tuve la culpa!

LORNA. — ¡No lo hiciste adrede!

JOE. — ¡Es verdad, no lo hice adrede! No tenía por qué hacerlo, ¿no es cierto? Todos saben que yo no quería matar a un hombre. ¡Lorna, tú lo sabes?

LORNA. — ¡Por supuesto!

JOE. — ¡Pero lo maté! ¡Eso es lo malo: lo maté! ¿Qué dirá mi padre cuando se entere de que maté a un hombre? ¡Y también me maté a mí mismo! He corrido una carrera sin sentido. ¡Y ahora estoy aplastado! Ésa es la verdad. ¡Sí, era un gorrión y quería convertirme en águila! Pero ahora estoy liquidado... no sirvo para nada... la tierra se me hunde bajo los pies...

LORNA (*en un repentino estallido, yendo hacia JOE*). — ¡Joe, te amo! ¡Nos amamos! ¡Nos necesitamos!

JOE. — ¡Lorna, querida, entiendo todo lo que sucedió!

LORNA. — ¡Querías conquistar el mundo...!

JOE. — Sí...

LORNA. — Pero no son los reyes ni los dictadores quienes lo conquistan... sino los chicos del parque...

JOE. — ¡Sí, ese chico que habría podido decir: "Me tengo a mí mismo; soy lo que quiero ser"!

LORNA. — Y ahora, esta noche, aquí, en este momento... vuelves a encontrarte... y eso es lo que te convierte en un campeón. ¿No lo entiendes?

JOE. — ¡Sí, Lorna... sí!

LORNA. — ¡No es demasiado tarde para volver a decirle buenas noches al mundo!

JOE. — ¿Con qué? ¿Con estos puños?

LORNA. — ¡Abandona el pugilismo!

JOE. — ¡Esta noche!

LORNA. — Sí, y vuelve a tu música...

JOE. — Pero mis manos están arruinadas. ¡Jamás volveré a tocar! ¿Qué queda, Lorna? Un hombre a medias, nada, un inútil...

LORNA. — ¡No, quedamos nosotros! ¡Estamos juntos! ¡Nos tenemos el uno al otro! ¡En alguna parte debe de haber muchachos y chicas que puedan enseñarnos la forma de vivir! ¡Encontraremos alguna ciudad donde la pobreza no sea una vergüenza... donde la música no sea un delito... donde no haya guerra en las calles... donde un hombre se conforme con ser él mismo, con vivir y hacer que su mujer sea ella misma!

JOE. — No más peleas, ¿pero adónde iremos?

LORNA. — ¿Esta noche? Joe, viajaremos en tu auto. Volaremos a través de la noche, a través del parque, del puente Triboro...

JOE (*toma a LORNA entre sus manos temblorosos*). — ¡Volar! Eso es, volaremos... se me despejará la cabeza. Cruzaremos la noche. ¡Cuando tajeas la noche con los faros, nadie puede alcanzarte! ¡Y entonces estás por encima del mundo... nadie ríe! ¡Eso es... velocidad! ¡Estamos fuera de la tierra... separados de ella! ¡¡No tenemos que pensar!! ¡Para eso es la velocidad, una forma fácil de vivir! (*Se vuelve, y mientras comienza a sacar del armario su ropa de calle.*)

## APAGÓN

## ESCENA TERCERA

(*Más tarde, esa misma noche. En el hogar de los BONAPARTE están sentados EDDIE FUSELI, ROXY y SIGGIE, bebiendo vino casero, ya medio ebrios. MR. BONAPARTE está en el otro extremo de la habitación, mirando por la ventana. FRANK se encuentra sentado cerca de él, con la cabeza vendada.*)

(*MOODY habla por teléfono cuando se encienden las luces.*)

MOODY (*impaciente*). — ¿Hola...? ¿Hola...?

SIGGIE. — Les diré por qué necesitamos otra copa...

ROXY. — No te lo diré yo...

MOODY (*volviéndose*). — ¡Silencio, por favor! ¡No oigo nada! (*otra vez en el teléfono.*) ¿Hola?... Habla Moody... ¿Algún llamado para mí? ¿Mensajes?... ¿No hay noticias de Miss Moon...? Gracias. Llámeme cuando llegue... al número que le di antes. (*Cuelga y vuelve a su vaso de vino. A MR. BONAPARTE.*) ¿Me pareció que dijo que Joe vendría aquí?

MR. BONAPARTE. — Dije que a lo mejor venía...

MOODY (*se sienta*). — Esperaré quince minutos más. (*Bebe.*)

SIGGIE. — He aquí por qué necesitamos otro trago. ¡Es una noche de éxito! ¡De ahora en adelante Joe ganará dinero a carradas! ¡Nos mudaremos a un barrio más elegante, tendremos un montón de hijos! (*A MR. BONAPARTE.*) ¡Eh, papá! ¡Ojalá tuviésemos una hipoteca para poder pagarla! ¡Por el próximo campeón mundial! (*Levanta su vaso; los demás lo imitan.*)

ROXY. — Por Bonaparte.

EDDIE. — ¿Usted no bebe, Mr. Bonaparte?

SIGGIE. — Tú también, Frank... estamos en familia. MR. BONAPARTE *se encoge de hombros, se acerca y acepta el vaso.*)

ROXY. — ¡Es una celebración!

MR. BONAPARTE. — Esta noche mi hijo mató a un hombre... ¿qué es lo que podemos celebrar? ¿Qué sucederá?

SIGGIE. — ¡Ah, no te preocupes... no pueden hacerle nada! ¡Un accidente!

EDDIE (*con frialdad, a MR. BONAPARTE*). — Escuche, eso ya es cosa vieja. Hace dos o tres horas que salió en primera plana.

MR. BONAPARTE. — Pobre muchacho de color...

MOODY. — Nadie tiene la culpa. Todos lo lamentamos... Le dimos unos dólares a la madre. ¡Pero el próximo campeón es nuestro! Arriba las copas. (*Todos beben, incluso FRANK.*)

ROXY (*a MR. BONAPARTE*). — ¿Ha visto cómo un muchacho puede triunfar en la actualidad?

MR. BONAPARTE. — Sí... he visto...

EDDIE (*molesto por la actitud de MR. BONAPARTE*). — ¿Le molestamos? Si no hubiese creído que Joe estaba aquí, no habría venido. ¡No me gusta que nadie me haga el boycott!

MR. BONAPARTE (*vuelve a la ventana*). — Sírvase más vino.

SIGGIE (*a EDDIE*). — Déjelo en paz... esta noche no se siente muy sociable.

MOODY. — No se preocupe, Mr. Bonaparte. Míreme a mí... aprenda de mí... yo no me preocupo. Mañana me caso... ¡No, *esta tarde!* ¡No sé dónde está mi chica, pero no me preocupo! ¿Para qué? ¡Estamos hundidos en dólares hasta la cabeza!

SIGGIE. — Shh... no despierten a mi esposa. (*De pronto MOODY se sienta pesadamente. Los celos comienzan a roerlo a pesar de su optimismo. EDDIE pregunta a FRANK, refiriéndose a su cabeza vendada.*)

EDDIE. — ¿A qué vienen esos trapos?

SIGGIE (*sonriendo, a EDDIE*). — ¿No oyó lo que dijo antes? Le abrieron la cabeza en una huelga.

EDDIE (*a FRANK*). — Tienes buena contextura... podrías ser un luchador.

FRANK. — Y lucho...

EDDIE. — ¿Sí? ¿Por qué?

FRANK. — Por una cantidad de cosas en las que creo... (*EDDIE mira a FRANK y aprecia su calidad.*)

EDDIE. — ¿Qué recibes a cambio de eso?

ROXY (*riendo*). — ¿No lo ves? ¡Una cabeza rota!

FRANK. — No me dejo engañar como Joe. No recibo autos ni trajes de medida. Pero recibo lo que Joe no recibirá nunca.

EDDIE. — ¿Qué es lo que no recibe él? (MR. BONAPARTE se acerca y escucha con atención.)

FRANK (modesto). — ¡El placer de actuar como se debe! La satisfacción de mantenerse en el lugar que le corresponde a uno, de ser lo que es... ¡en armonía con millones de personas!

ROXY (aguzando el oído). — ¿Arkionía? ¡Música! ¡La familia vuelve a la música!

FRANK (sonriente). — Eso es, música... MOODY golpea enfáticamente su vaso contra la mesa y se pone de pie.)

MOODY. — ¿De qué sirve esperar? ¡No volverán! (Con amargura.) Lorna tiene la desfachatez de pasearse con él por Long Island. ¡Sin siquiera pedirme permiso!

SIGGIE. — Long Island es famosa porque tiene los mejores patos para comer.

EDDIE (a MOODY). — Tienes al campeón... no se puede tenerlo todo.

MOODY. — ¿Qué quiere decir eso?

EDDIE (con frialdad). — Esa chica le pertenece a Bonaparte. Están juntos ahora, en algún hotel del camino... ¡y no precisamente comiendo pato!

MOODY (al cabo, con inseguridad). — ¡No sabes lo que dices!

EDDIE. — Moody, ¿cuánto calculas que valen tus intereses en Bonaparte?

MOODY. — ¿Por qué?

EDDIE (sin volverse). — Roxy... ¿estás escuchando?

ROXY. — Sí.

EDDIE. — Porque desde esta noche me gustaría dirigir a Bonaparte yo mismo.

MOODY. — ¡Tienes un descaro colosal! Pero yo tengo un contrato.

ROXY. — Eddie, ten piedad... Yo me quedo apenas con un veinte por ciento... (De pura cólera, MOODY bebe más vino. ROXY lo imita.)

FRANK (a EDDIE). — ¿De qué parte de sí mismo es dueño Joe?

EDDIE. — Del treinta por ciento. Desde esta noche yo me quedo con el resto.

MOODY. — ¡Oh, no! ¡¡Nada de eso!!

EDDIE. — ¡Esta noche estás borracho! ¡Mañana!

MR. BONAPARTE (adelantándose). — Quizá Joe no quiera volver a pelear después de esta noche...

EDDIE. — ¡Escucha, viejo! ¿Por qué no cambias de música por una vez?

ROXY (a MR. BONAPARTE). — ¿Por qué está preocupado usted?

MR. BONAPARTE. — Mi hijo era grande para todos. ¿Qué tiene

ahora? ¡Perdóneme por no sentir tanta confianza en el futuro de Joe! Perdóneme por mostrarme tan ansioso...

EDDIE (se pone de pie). — ¡No me gusta esta forma de hablar...!

SIGGIE. — ¡Siéntate, papá... estás haciendo tambalear el bote! ¡Shhh! ¡Shhh! (Se desliza fuera de la habitación.)

ROXY. — ¿Es que hay alguien aquí que sepa lo que dice?

FRANK. — Está tratando de decir que le preocupa Joe.

ROXY. — ¿Pero por qué? ¿Por qué? ¿No se da cuenta de que el muchacho vale una fortuna a partir de esta noche? (Después de lanzar a EDDIE una mirada rápida.) ¿No sabe ver más allá de las narices? Dígaselo en italiano... no entiende nuestro idioma... ¡Hoy es un día de fiesta! ¡A Bonaparte, el Monarca de las Masas! (Suena el teléfono.)

MOODY (triumfante, a EDDIE). — ¡Llaman de mi hotel! ¿Ven?, ¡se equivocaron todos! ¡Es Lorna! (Habla por teléfono.) ¿Hola...? No... (Se vuelve hacia MR. BONAPARTE.) Para usted. (Tiende el teléfono en dirección de MR. BONAPARTE, pero éste se queda en su lugar, incapaz de moverse. Al cabo de unos segundos, FRANK lo advierte y va vivazmente hacia el teléfono, tomándolo de manos de MOODY. Entretanto éste ha comenzado a hablar a EDDIE con elocuencia de borracho, tambaleándose sobre los pies.) ¡En este país hay una Constitución, Eddie Fuseli! ¡Todos los hombres gozan aquí de la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad!

FRANK (hablando en el teléfono). — ¿Sí?... No, el hijo... (MR. BONAPARTE observa a FRANK en silencio, mientras éste escucha lo que le dice su interlocutor telefónico.)

MOODY. — ¡En este país hay leyes, Fuseli! ¡Contratos! ¡Vivimos en un mundo civilizado...!

FRANK (en voz alta, a los demás). — ¡Silencio! (Sigue escuchando.) Sí... sí...

ROXY (a EDDIE). — ¡Y hay un dios en el cielo... no lo olvides!

FRANK (en el teléfono). — Repítalo... (Escucha.) Sí.

MOODY (a EDDIE). — ¡Eres un asesino! Un hombre hace todo lo posible... ¡pero tú eres un asesino! (FRANK deja el teléfono y se dirige a los demás.)

FRANK. — ¡Todos ustedes son asesinos! (MR. BONAPARTE avanza un paso hacia FRANK.)

MR. BONAPARTE. — Frank... ¿es...?

FRANK. — No sé cómo decírtelo, papá...

MR. BONAPARTE (esperanzado). — ¿Sí...?

FRANK. — Tendremos que ir allá...



EDDIE. — ¿Adónde?

FRANK. — Los dos... se mataron en un choque...

EDDIE. — ¿Quién? ¿Cómo?

FRANK. — Están esperando que los identifiquen... en Long Island.

EDDIE (*avanzando hacia FRANK*). — ¿Qué me estás diciendo? (*De pronto se da cuenta de la verdad y se detiene en seco. El operador telefónico llama para que cuelguen el tubo. El chasquido mecánico llama la atención de FRANK. Cuelga lentamente el tubo.*)

MOODY. — ¡No lo creo! ¿Me oyes? ¡No lo creo...!

FRANK. — ¡Qué desgracia!

MOODY. — ¡Es una sucia mentira!

MR. BONAPARTE. — ¿Qué esperaba?

MOODY (*Llorando*). — ¡Lorna!

MR. BONAPARTE (*de pie, con la cabeza erguida*). — ¡Joc... Ven, lo traecemos a casa... a su hogar...

APAGÓN LENTO

Seminario Multidisciplinario  
José Emilio Gálvez

SMJEG

Facultad de Humanidades  
UPR-RP